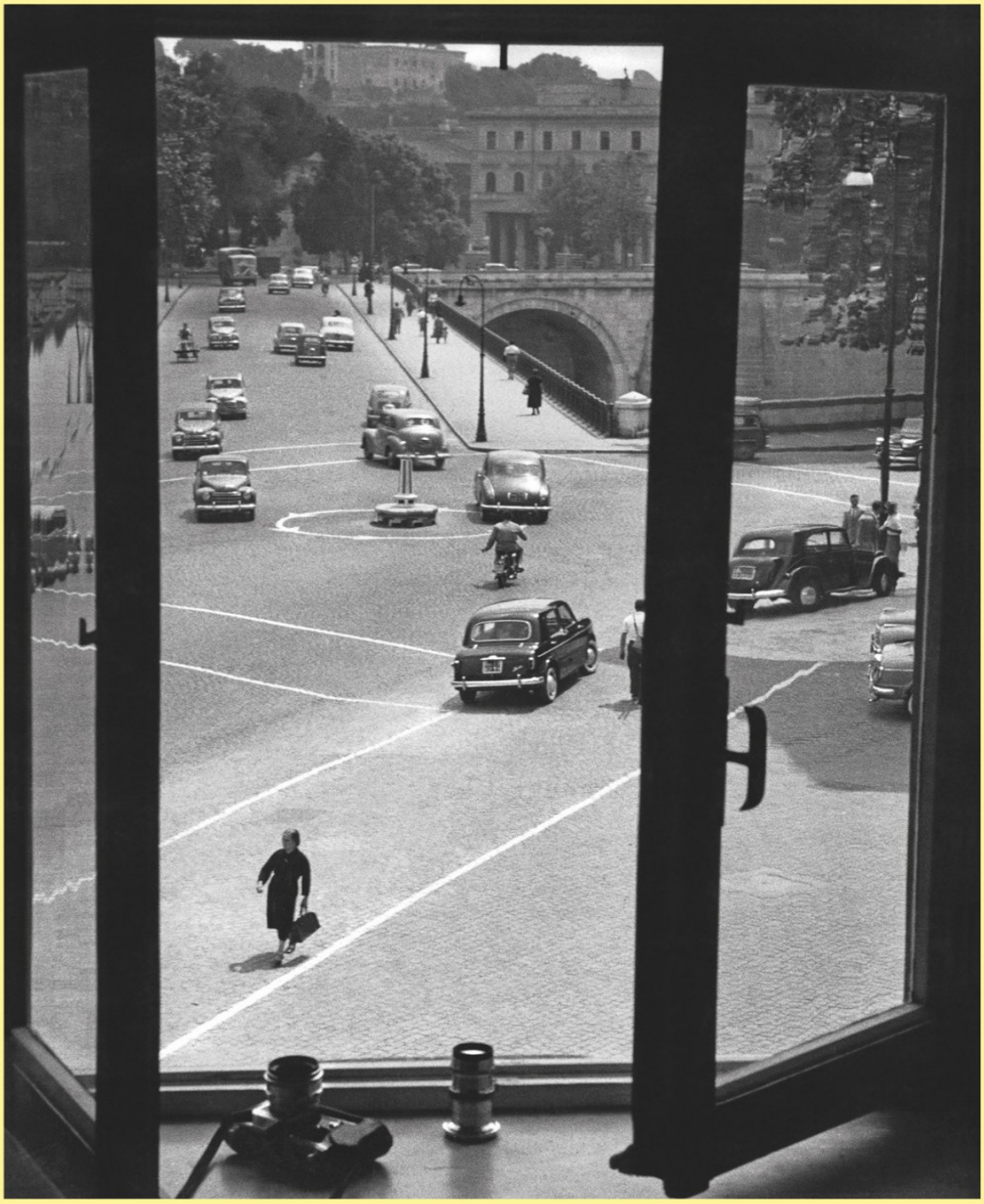
PATRICK MODIANO

Tinta simpática



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

TINTA SIMPÁTICA

PATRICK MODIANO

ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:

Encre sympathique

Edición en formato digital: marzo de 2022

© imagen de cubierta. «Vista desde la ventana del apartamento de Max Scheler, vía Lungarina, 65, Roma, Italia. 1953.» Foto © Herbert List

© de la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2022

© Éditions Gallimard, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4429-0

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

Quien quiera recordar debe ponerse en manos del olvido, de ese riesgo que es el olvido absoluto y de esa hermosa casualidad en que se convierte entonces el recuerdo.

MAURICE BLANCHOT

Hay cosas en blanco en esta vida, cosas en blanco que se intuyen al abrir el «expediente»: una simple ficha en una carpeta de un color azul cielo que se ha desvaído con el tiempo. Casi blanco también, ese antiguo azul cielo. Y la palabra «expediente» está escrita en el centro de la carpeta. Con tinta negra.

Es el último vestigio que me queda de la agencia de Hutte, el único rastro de mi paso por esas tres habitaciones de un piso antiguo cuyas ventanas daban a un patio. No tenía mucho más de veinte años. El despacho de Hutte estaba en la habitación del fondo, con el archivador. ¿Por qué ese «expediente» y no otro? Por las cosas en blanco seguramente. Y además no estaba en el archivador, sino que ahí se había quedado, abandonado encima del escritorio de Hutte. Un «caso», como decía él. que no estaba resuelto aún —¿lo estaría alguna vez? —, el primero del que me habló la tarde en que me cogió «a prueba», como dijo. Y unos cuantos meses después, otra tarde a la misma hora, cuando había renunciado a ese trabajo y me fui definitivamente de la agencia. metí a hurtadillas en la cartera, sin que Hutte se diera cuenta y después de haberme despedido de él, la ficha, dentro de su carpeta azul cielo, que rodaba por su escritorio. De recuerdo.

Sí, la primera misión que me encomendó Hutte tenía que ver con esa ficha. Debía preguntarle a la portera de una casa del distrito 15 si sabía algo de una tal Noëlle Lefebvre, una persona que le planteaba a Hutte un problema por partida doble: no solo había desaparecido de la noche a la mañana, sino que ni siquiera había nada seguro sobre su verdadera identidad. Después de la portería. Hutte me encargó que pasara por una oficina de Correos llevando una tarjeta que me había

dado. Estaba el nombre de Noëlle Lefebvre, sus señas y su foto y la usaba para recoger la correspondencia en la ventanilla de lista de correos. La persona conocida como Noëlle Lefebvre se la había dejado olvidada en su domicilio. Y después tenía que ir a un café para saber si habían visto por allí a Noëlle Lefebvre esa temporada, sentarme a una mesa y quedarme hasta media tarde por si Noëlle Lefebvre se presentaba. Todo esto en el mismo barrio y en el mismo día.

La portera del edificio tardó mucho en contestar. Estuve golpeando cada vez más fuerte el cristal de la garita. Por la puerta a medio abrir apareció una cara adormilada. De entrada, me dio la impresión de que ese nombre, «Noëlle Lefebvre», no le sonaba de nada.

—¿La ha visto últimamente?

Acabó por decirme con tono seco:

—… No. caballero, llevo más de un mes sin verla.

No me atreví a hacerle más preguntas. Tampoco me habría dado tiempo porque volvió a cerrar la puerta en el acto.

En la oficina de lista de correos, el hombre miró la tarjeta que le presentaba.

—Pero usted no es Noëlle Lefebvre, caballero.

—Está fuera de París —le dije—. Me ha encargado que le recoja la correspondencia.

Entonces se levantó y fue hacia una hilera de taquillas. Miró las pocas cartas que había en ellas. Volvió y negó con la cabeza.

—No hay nada a nombre de Noëlle Lefebvre.

Ya solo me faltaba ir al café que me había indicado Hutte.

Primera hora de la tarde. Nadie en ese local pequeño salvo un hombre, detrás de la barra, que estaba leyendo un

periódico. No me vio entrar y seguía leyendo. Yo no sabía ya cómo formular la pregunta. ¿Alargarle sin más la tarjeta de lista de correos a nombre de Noëlle Lefebvre? Me sentía violento en ese papel que me hacía interpretar Hutte y que encajaba mal con mi timidez. Alzó la cabeza hacia mí.

—¿No ha visto a Noëlle Lefebvre estos días?

Me parecía estar hablando demasiado deprisa, tan deprisa que me comía las palabras.

—¿Noëlle? No.

Me había contestado con tanta concisión que sentía la tentación de hacerle otras preguntas relacionadas con esa persona. Pero temía despertar su desconfianza. Me senté a una de las mesas de la terracita que había en la acera. Vino a ver qué iba a tomar. Era el momento oportuno para hablarle y averiguar más cosas. Se me agolpaban en la cabeza frases anodinas que habrían podido sacarle respuestas concretas.

—Voy a esperarla por si acaso…, nunca se sabe con Noëlle… ¿Cree usted que sigue viviendo en el barrio?… Ha quedado aquí conmigo, ¿sabe?… ¿Hace mucho que la conoce?

Pero cuando me trajo el refresco de granadina me quedé callado.

Me saqué del bolsillo la tarjeta que me había dado Hutte. Hoy, un siglo después, he dejado de escribir por un momento en la página 12 del bloc Clairefontaine para volver a mirar esta tarjeta que forma parte del «expediente». «Certificado de emisión de la autorización para recibir correspondencia sin sobretasa en lista de correos. Autorización n.° 1. Apellido: Lefebvre. Nombre: Noëlle, residente en París 15.^{0}. Calle y número: Convention. 88. Fotografía del titular. Autorizado para recibir sin sobretasa la correspondencia que se le envía a lista de correos.»

La foto es mucho mayor que una de fotomatón. Y está demasiado oscura. Seria imposible decir el color de los ojos. Ni el del pelo: ¿negro, castaño claro? En la terraza del café, aquella tarde, yo miraba fijamente, con cuanta atención podía,

esa cara cuyos rasgos se veían apenas y no tenía la seguridad de poder reconocer a Noëlle Lefebvre.

Me acuerdo de que era a principios de primavera. La terracita estaba al sol y, a ratos, el cielo se nublaba. Un alero, encima de la terraza, me protegía de los chaparrones. Cuando se acercaba por la acera una silueta que podría haber sido la de Noëlle Lefebvre, la seguía con la mirada a la espera de ver si entraba en el café. ¿Por qué no me había dado Hutte indicaciones más concretas sobre la manera de dirigirme a ella? «Ya se las apañará. Esté a la mira para que sepa yo si sigue rondando por ese barrio» La expresión «a la mira» me hizo soltar la carcajada. Y Hutte me contempló en silencio, frunciendo el entrecejo, con expresión de reprocharme mi frivolidad.

La tarde transcurría despacio y yo seguía sentado a una de las mesas de la terraza. Me imaginaba los trayectos que haría Noëlle Lefebvre de su casa a Correos, de Correos al café. Seguramente iba a otros sitios del barrio: un cine, algunas tiendas… Dos o tres personas con las que se cruzase con frecuencia por la calle podrían haber dado fe de su existencia. O una sola cuya vida compartiera.

Me había dicho a mí mismo que iría a diario a la ventanilla de lista de correos. Al final acabaría por caerme en las manos una carta, una de esas cartas que nunca llegan al destinatario. Ausente sin dejar señas. O me quedaría una temporada en el barrio. Cogería una habitación en un hotel. Recorrería la zona entre el edificio donde vivía. Correos y el café y ampliaría mi campo de observación con un movimiento concéntrico. Estaría pendiente de las idas y venidas de la gente por las aceras y me familiarizaría con sus caras, igual que quien acecha las oscilaciones de un péndulo y está preparado para captar las ondas más furtivas. Bastaba con tener un poco de paciencia y, en aquella época de mi vida, me sentía capaz de pasar horas esperando bajo el sol y los chaparrones.

Habían entrado unos cuantos clientes en el café, pero no había reconocido entre ellos a Noëlle Lefebvre. A través de la luna que tenía detrás los observaba. Estaban en los asientos corridos, menos uno que estaba delante de la barra y hablaba con el dueño. En ese me había fijado cuando llegó. Debía de tener mi edad, en cualquier caso no más de veinticinco años. Era alto, moreno. y llevaba una chaqueta de piel vuelta, forrada de borreguito. El dueño me señalaba con un ademán casi imperceptible y él había clavado la vista en mí. Pero con la luna que nos separaba me resultaba fácil desviar un poco la cabeza, hacer como si no hubiera notado nada.

—Caballero, por favor…, caballero…

Oigo a veces esas palabras en mis sueños, pronunciadas con un tono de fingida suavidad, pero en las que apuntaba una amenaza. Era el joven del forro de borreguito. Yo hacía como que no me enteraba.

—Por favor…, caballero…

El tono era más seco, como de alguien que te hubiera pillado con las manos en la masa. Alcé la cabeza hacia él.

—Caballero…

Me extrañaba esa palabra, «caballero», que usaba aunque tuviéramos la misma edad. Tenía la cara crispada y le notaba cierta desconfianza hacia mí. Le sonreí de oreja a oreja, pero esa sonrisa parecía exasperarlo.

—Me han dicho que buscaba a Noëlle…

Estaba parado delante de mi mesa, como si quisiera provocarme.

—Sí. A lo mejor puede decirme qué es de ella…

—Y eso ¿a título de qué? —me preguntó con voz altanera.

Me estaban entrando ganas de levantarme y dejarlo allí plantado.

—¿A título de qué? Bueno, pues es una amiga. Me encargó que fuera a recogerle la correspondencia a lista de

correos.

Le enseñé la tarjeta en la que estaba grapada la foto de Noëlle Lefebvre.

—¿La reconoce?

Miraba la foto. Luego alargó el brazo como si quisiera coger la tarjeta, pero se lo impedí con un gesto brusco.

Acabó por sentarse a mi mesa, o más bien se desplomó en la silla de mimbre. Yo me daba cuenta de que ahora me tomaba en serio.

—No lo entiendo… ¿Iba a buscar su correspondencia a lista de correos?

—Sí, a una oficina de Correos que está algo más arriba, en la calle de la Convention.

—¿Roger estaba enterado?

—¿Roger? ¿Qué Roger?

—¿No conoce a su marido?

—No.

Pensé que había leído demasiado deprisa la ficha en el despacho de Hutte, una ficha muy breve, tres párrafos apenas. Sin embargo, me parecía que no se especificaba que Noëlle Lefebvre estuviera casada.

—¿Se refiere a alguien llamado Roger Lefebvre? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—De ninguna manera. Su marido se llama Roger Behaviour… Y usted ¿quién es exactamente?

Había arrimado la cara a la mía y me clavaba los ojos con mirada insolente.

—Un amigo de Noëlle Lefebvre… La conocí con su apellido de soltera…

Lo había dicho con una voz tan tranquila que se suavizó un poco.

—Es curioso que nunca lo haya visto con Noëlle…

—Me llamo Eyben, Jean Eyben. Conocí a Noëlle Lefebvre hace unos meses. Nunca me dijo que estuviera casada.

Él guardaba silencio y parecía realmente decepcionado.

—Me pidió que fuese a recogerle la correspondencia a lista de correos. Pensaba que no vivía ya en este barrio.

—Pues sí —dijo él con voz seria—. Vivía en este barrio con Roger. En el 13 de la calle de Vaugelas. Desde entonces he dejado de saber de ella.

—¿Y usted cómo se llama?

Me arrepentí en el acto de haberle hecho esa pregunta de forma tan brusca.

—Gérard Mourade.

Desde luego en la ficha de Hutte había muchas lagunas. No se mencionaba para nada a un Gérard Mourade. Como tampoco a un Roger Behaviour, el supuesto marido de Noëlle Lefebvre.

—¿Noëlle no le habló nunca ni de Roger ni de mí? No deja de ser raro. Me llamo Gé-rard Mou-rade…

Había repetido su nombre muy alto, separando las sílabas, como si quisiera convencerme de forma definitiva de su identidad y despertar en mí un recuerdo perdido, o más bien convencerme de la importancia de Gérard Mourade.

—… Me da la impresión de que no estamos hablando de la misma persona…

Me entraban ganas de contestarle, para tranquilizarlo, que tenía razón y que, bien pensado, había seguramente en Francia muchas Noëlle Lefebvre. Y nos habríamos separado tras tan reconfortantes palabras.

Intento a trancas y barrancas transcribir el diálogo que mantuve esa tarde con el llamado Gérard Mourade, pero solo quedan retazos después de tantos años. Me habría gustado que todo se hubiera grabado en una cinta magnetofónica. Así. al oírlo ahora, no habría tenido la sensación de que nuestra conversación había ocurrido mucho antes, en el pasado, sino que pertenecía a un presente eterno. Se habría oído de ruido de fondo, y para siempre, el bullicio de una tarde de primavera en la calle de la Convention e incluso cómo voceaban unos niños que volvían de la escuela próxima, niños que hoy se habrían convertido en adultos de cierta edad. Y esa bocanada de presente, al haber conseguido cruzar intacta por casi medio siglo, me habría permitido entender mejor cuál era mi estado de ánimo por entonces. Hutte me había ofrecido una colocación en su agencia —una colocación la mar de subalterna— pero yo no quería de ninguna manera encarrilarme por ahí. Había pensado que ese trabajo provisional me iba a proporcionar una documentación que podría servirme de inspiración más adelante si me dedicaba a la literatura. La escuela de la vida, como quien dice.

Hutte me había explicado que había ido a verlo hacía unas cuantas semanas un «cliente» cuyo nombre figuraba en el encabezamiento de la ficha: Brainos, avenida de Victor-Hugo, 194. Este le había pedido que investigase la desaparición de Noëlle Lefebvre. Y yo, en cuanto me vi en una ventanilla de lista de correos, tuve la esperanza de que una carta o un telegrama dirigido a esa Noëlle Lefebvre nos pusiera sobre la pista En la terraza del café, y según iba pasando el tiempo, me había vuelto la esperanza. Estaba casi seguro de que iba a aparecer de un momento a otro.

Era media tarde. Gérard Mourade seguía sentado enfrente de mí.

—Hablamos de la misma persona —le dije.

Volví a alargarle la tarjeta de lista de correos. Se quedó mirándola mucho rato.

—Sí que es ella. Pero ¿por qué calle de la Convention? Vivía con Roger en la calle de Vaugelas.

—¿No le parece que sería su dirección antes de casarse?

—Roger me dijo que Noëlle Lefebvre acababa de llegar a París cuando él la conoció.

La información que había reunido Hutte era aproximativa. Seguramente había redactado la ficha deprisa y corriendo, igual que un mal estudiante la tarea de vacaciones cotidiana.

—Pero ¿y usted? Me gustaría mucho saber dónde conoció a Noëlle…

Volvía a mirarme con ojos desconfiados. Estuve tentado de decirle la verdad, porque, al final, ese juego del ratón y el gato me cansaba. Busqué las palabras: ficha…, agencia… Esas palabras me parecían embarazosas. E incluso el apellido «Hutte» me hacía sentirme molesto por culpa de una sonoridad intranquilizadora que hasta ahora no había tenido. No dije nada. Me contuve a tiempo. Después creo que notaba el mismo alivio por no haberle revelado mi verdadero rostro que quien ha pasado por encima del parapeto de un puente para arrojarse al vacío y ha renunciado a hacerlo. Sí, alivio. Y también una leve sensación de vértigo.

—Conocí a Noëlle Lefebvre hace unos meses, en casa de un tal Brainos.

Era el nombre de la persona que había ido a ver a Hutte y quería saber los motivos de la desaparición de Noëlle Lefebvre. Pero yo no estaba ese día en la agencia. Hutte no me había dado ninguna descripción de ese hombre.

—¿Conoce al Brainos ese? —le pregunté.

—En absoluto. Nunca he oído ese apellido en labios de Noëlle o de Roger.

Seguramente estaba esperando que le diera detalles sobre ese hombre, pero yo no sabia nada de él. Y la ficha donde se citaba su nombre solo especificaba las señas: avenida de Victor-Hugo, 194. Ya podría Hutte haberme proporcionado

alguna aclaración acerca de su «cliente» antes de ponerme a trabajar sobre el terreno.

Lo que tenía que hacer era inventarme algo y predicar con la mentira para intentar enterarme de la verdad. Por supuesto, siempre me había gustado meterme en la vida de los demás, por curiosidad y también por una necesidad de entenderlos mejor y de desenredar los hilos embrollados de sus vidas, cosa que con frecuencia eran incapaces de hacer ellos en persona porque vivían la vida de demasiado cerca mientras que yo contaba con la ventaja de ser un simple espectador, o más bien un testigo, como se diría en lenguaje jurídico.

—Brainos… es un médico… Conocí a Noëlle Lefebvre una tarde del pasado mes de mayo en la sala de espera de ese médico.

Había fruncido las cejas, con cara de creerme a medias.

—En el 194 de la avenida de Victor-Hugo… El pasado mayo…

Yo intentaba dar con otros detalles para convencerlo mejor de que no estaba mintiendo, pero reconozco que aquel día me costaba entregarme a esa actividad. ¿Habría perdido la maña?

—Creo que contaba con ese doctor Brainos para que le diera una receta.

—¿Una receta de qué?

Era incapaz de contestar. Habría debido, antes de coger el metro hasta la estación de Javel, escribir unas cuantas notas en una libreta, algo así como una chuleta. No improvisar… «Doctor Brainos»… No sonaba natural.

—Se sentía ansiosa… Estaba preocupada con el trabajo… Necesitaba tranquilizantes…

—¿Usted cree? Sin embargo, le había supuesto un alivio haber encontrado un empleo en Lancel…

¿Lancel? A lo mejor se trataba de esa tienda grande de artículos de piel de la plaza de l'Opéra. Había llegado el

momento de arriesgarse para saber más, de marcarse un farol, como dicen los jugadores de póquer.

—Me decía que no le gustaba el trayecto en metro todas las mañanas y todas las tardes para ir a trabajar… De su casa a Lancel, en la plaza de l'Opéra, hay lo menos dos transbordos, ¿no?

Él asentía con la cabeza como si estuviera de acuerdo. Sí, había dado en el clavo. Y, sin embargo, no me sentía ya con valor, a mediados de aquella tarde, de seguir con aquel juego. Corría el riesgo de extraviarme de verdad a fuerza de avanzar a tientas.

—Es verdad —me dijo— se quejaba muchas veces de los trayectos en metro hasta Lancel. No resultaba práctico viviendo en este barrio…

—Y Roger ¿en qué trabajaba?

Había hecho la pregunta con voz distraída, como si no le diera importancia alguna. Era un sistema que me había indicado Hutte para hacer hablar a la gente. «Si no», me decía, «existe el riesgo de que se encrespen.»

—¿Roger? Ah, pues hacía un poco de todo. Cuando lo conocí estaba de conductor en una empresa de mudanzas… Y luego en Oréve, una floristería del distrito 16… Hace unos meses le salió un trabajo de ayudante de regidor en un teatro… gracias a mí…

Al enumerar los diferentes empleos del tal Roger parecía sentir por él cierta admiración.

—Roger siempre salía a flote…

Aparentemente, era una expresión que Roger y él debían de repetir con frecuencia, algo así como una contraseña. Pero, nada más decirla, se le heló la sonrisa…

—Y ahora quién sabe por dónde andará… La última vez que lo vi, me dijo que se iba a buscar a Noëlle…

—¿Desapareció ella primero? —pregunté.

—Sí, una noche no volvió a la calle de Vaugelas. Al día siguiente, tampoco. Fui con Roger a Lancel. Allí no estaban enterados de nada.

—¿Y no tienen ninguna idea, ni usted ni su marido, de qué ha podido pasar?

Había escogido una forma de decirlo muy general: «qué ha podido pasar», para que se sintiera libre de hacerme una confidencia o una confesión. Era también algo que me había enseñado Hutte: no hacer preguntas demasiado concretas. Evitar por completo la agresividad durante un interrogatorio. Que las cosas fueran saliendo «por las buenas».

Creí notarle cierto malestar, un titubeo.

—¿Qué quiere decir con «qué ha podido pasar»?

Sí, estaba claro que se sentía violento, como si sospechase que yo sabía algo. Pero ¿qué? Preferí contestarle encogiéndome de hombros. En silencio.

—¿Y usted a qué se dedica en la vida?

Había adoptado un tono intrascendente. Le sonreía. Notaba que había vuelto a despertar su desconfianza y que a lo mejor me estaba ocultando algún detalle referido a Noëlle Lefebvre, a su marido y a él mismo. Dos personas no desaparecen tan deprisa sin que alguno de sus allegados tenga una idea, aunque sea confusa, al respecto.

—¿Yo? Soy actor. Llevo un año matriculado en la academia Paupelix.

—¿Y qué tal le va?

Seguramente me había faltado tacto al hacerle esa pregunta demasiado brusca.

—Trabajo de extra en películas —me dijo, muy seco—. Así puedo pagar las clases.

Nunca había oído hablar de la academia Paupelix. Los siguientes días me informé sobre ella, así que ahora puedo escribir el nombre sin faltas de ortografía: Paupelix, profesor

de arte dramático, calle de L'Arcade, 37. París distrito 8. Y saberlo me aclaraba algunas expresiones de la cara, algunas posturas y algunos gestos que se pasaban un poco de estudiados que yo le había notado y que debían de haberle enseñado en la academia Paupelix.

—Pero entonces ¿veía usted con frecuencia a Noëlle? De verdad que no entiendo por qué no le habló nunca de Roger…

Seguramente estaba intentando saber qué tipo de relación existía entre Noëlle Lefebvre y yo y eso lo intranquilizaba.

—Algo le contaría de su vida.

—Nada de nada —le dije— Solo nos vimos dos o tres veces, a última hora de la tarde, cuando salía de trabajar en Lancel… En el café de enfrente, en el bulevar de Les Capucines…

Al principio de la ficha figuraban la fecha y el lugar de nacimiento, pero este último de manera imprecisa: «un pueblo de los alrededores de Annecy. Alta Saboya».

—Nos dimos cuenta de que éramos de la misma zona. Por la parte de Annecy. Lo mencionábamos con frecuencia.

Parecía ignorar ese detalle de la vida de Noëlle Lefebvre y no darle importancia alguna. Pero yo estaba seguro de que Hutte habría pensado lo mismo que yo: hay que saber siempre en qué barrio y en qué pueblo ha nacido la gente.

—Y las cartas de lista de correos que le mandaba a recoger, ¿quién se las escribiría?

—Ni idea. En el sobre de esas cartas me fijé en que era siempre la misma letra… con tinta azul Florida…

Me pregunté si valía de algo inventarse detalles así. Habría querido que él también pudiera darme algunas precisiones más acerca de Noëlle Lefebvre. Pero no surgía nada.

—¿Tinta azul Florida…?

Por unos segundos creí que le había sugerido una pista. Pero no fue así. Era sencillamente que no entendía lo que

quería decir «azul Florida».

—Un azul muy claro —le dije.

—¿Y esas cartas venían de Francia o del extranjero?

Me había hecho la pregunta como si él también estuviera realizando una investigación.

—Por desgracia no me fijé en los sellos.

—Si lo hubiera sabido, le habría dicho a Roger que no se fiara de ella…

Se le había puesto la voz metálica y la mirada, muy dura. ¿Ese cambio violento de expresión le salía espontáneamente o lo había aprendido en la academia Paupelix?

Intento con la mayor exactitud posible poner por escrito las palabras que cruzamos aquel día. Pero muchas de ellas se me han ido. Todas esas palabras perdidas, unas cuantas que ha dicho uno, las que ha oído y de las que no le ha quedado recuerdo y otras que le dijeron y en las que no se fijó en absoluto… Y a veces, al despertarte, o muy entrada la noche, una frase te vuelve a la memoria, pero ignoras quién te la cuchicheó en el pasado.

Miró el reloj de pulsera y se puso de pie bruscamente.

—Tengo que ir a la calle de Vaugelas… A lo mejor hay alguna novedad sobre Roger y Noëlle.

¿Esperaba que hubiera correspondencia metida por debajo de la puerta, como yo, hacía un rato, en lista de correos?

—¿Puedo acompañarlo?

—Si le apetece… Roger me había dado una llave del piso.

—¿Noëlle venía con frecuencia a este café?

Y me sorprendió haberla llamado por primera vez por el nombre de pila.

—Sí, Roger y yo quedábamos con ella aquí, a última hora de la tarde, cuando salía de trabajar de Lancel. Me alegraba

tanto de que Roger se hubiera casado… ¿Sabe? No había ninguna rivalidad por Roger entre Noëlle y yo.

Por lo visto, no había podido evitar el hacerme esa confidencia, pero noté que ya estaba arrepentido por el repentino apuro que se le veía en la mirada.

íbamos por la calle de la Convention, hacia el este, y no me hace falta en la actualidad mirar un plano de París para caer en la cuenta de que andábamos hacia el centro, hasta el final de Vaugirard.

—Tardaremos como un cuarto de hora a pie —me dijo—. ¿No le importa?

Era la primera vez que me mostraba cierta simpatía. ¿Le resultaba un alivio andar en compañía de alguien a esa hora en que va cayendo la noche y la desaparición de Noëlle Lefebvre y Roger Behaviour debía de pesarle más que en cualquier otro momento del día? Y yo me decía también que esa caminata con él por aquel barrio me ayudaría a entender qué vida llevaban esas tres personas. La otra tarde, al alargarme la ficha en su carpeta azul cielo. Hutte había sonreído irónicamente. «Le toca jugar a usted. amiguito. ¡Apáñeselas! No hay nada como una investigación sobre el terreno.»

Estábamos pasando por delante de la oficina de Correos donde había tenido la esperanza, a primera hora de la tarde, de que me entregasen una carta dirigida a Noëlle Lefebvre. La oficina aún estaba abierta. Iba a proponerle a Gérard Mourade presentarme otra vez en la ventanilla de lista de correos. A lo mejor había un reparto vespertino. Pero me contuve a tiempo. Prefería ir solo en los días siguientes. La verdad es que no veía por qué iba a meter demasiado a aquel individuo en mi investigación. A partir de ahora era una cuestión íntima entre Noëlle Lefebvre y yo.

—En resumidas cuentas —le dije—, aquí vivían como en un barrio.

Intentaba saber a qué sitios iban los tres y a qué gente veían.

—Durante el día, no. Cuando nos juntábamos era por la noche.

—¿Y usted también vive por aquí?

—Sí, en un apartamento del muelle de Grenelle. Cerca de una discoteca adonde íbamos porque a Noëlle le gustaba el sitio.

—¿Una discoteca?

—La discoteca de La Marine, en el muelle. Y eso que Roger y yo no bailábamos nunca.

Me sorprendió ese comentario que había hecho con voz muy seria

—¿No bailaban nunca?

Creo que utilicé un tono irónico. Pero él aparentemente no estaba de humor para reírse. Saqué la conclusión de que la discoteca de La Marine no era lugar de su agrado.

—Roger conocía al gerente… ¿Noëlle no se lo mencionó nunca?

Me había hecho la pregunta como si se tratase de un asunto delicado.

—No, nunca… Ya le he dicho que Noëlle no me hablaba de su vida personal… sino de cosas intrascendentes. De Annecy, por ejemplo, que conocíamos los dos.

Parecía aliviado. A lo mejor había aludido a esa discoteca y a su «gerente» para tantear el terreno y para saber si Noëlle Lefebvre me había contado algo comprometedor.

—Roger había conocido al gerente cuando trabajaba en aquella empresa de mudanzas… y ya está…

Tuve la impresión de que no valía de nada pedirle más detalles. No iba a contestar.

El resto del camino anduvimos juntos en silencio. Para que se me quedasen en la memoria los pocos nombres que me había dado relacionados con Noëlle Lefebvre y que no figuraban en la ficha me los iba repitiendo: Roger Behaviour, Lancel, la discoteca de La Marine… Con eso no me bastaría. Harían falta más detalles que parecerían a primera vista sin relación entre sí hasta el momento en que se reunieran muchas piezas del puzle. Y ya solo quedaría ordenarlas para que el conjunto fuera saliendo poco a poco a la luz.

—Podemos acortar por ahí —me dijo.

Habíamos llegado a la mitad de la calle de Olivier-de-Serres y me indicaba un callejón que se internaba entre los edificios. Me parece, con la perspectiva del paso del tiempo, que tenía árboles y que había crecido la hierba entre los adoquines. Hoy lo veo como un camino campestre, quizá porque era de noche. Cruzamos el patio de un edificio y salimos por una puerta cochera a la calle de Vaugelas.

En la planta baja, tres habitaciones pequeñas. La ventana de una daba a la calle. No estaban corridas las cortinas, así que un transeúnte podría habernos visto a Gérard Mourade y a mí. A veces, en mis sueños, ese transeúnte soy yo. La noche pasada, seguramente porque había escrito las páginas anteriores durante el día, iba otra vez por el camino campestre, por entre los edificios. Había luz en la ventana del piso. Pegando la frente a la ventana, veía de dónde venía: de la puerta entornada del dormitorio. ¿La lámpara de la mesilla que se habían olvidado de apagar? En el momento en que iba a dar unos golpes en el cristal me desperté.

Estábamos en la habitacioncita cuya ventana daba al patio. Gérard Mourade había encendido la lámpara, encima de una mesa baja. Esa habitación debía de hacer las veces de salón. Un sofá y dos sillones de cuero.

—Queda algo de ropa de Noëlle en un armario —me dijo Mourade—. Roger se llevó todas sus cosas como si no quisiera volver.

Ese detalle parecía preocuparlo mucho. Estaba a mi lado y en silencio.

—No deja de ser raro que ninguno de los dos le den señales de vida —le dije.

No se movía, absorto en sus pensamientos.

—¿Se queda aquí un momento? —me dijo— Voy a ver al vecino de arriba. Roger lo conocía mucho. A lo mejor tiene alguna noticia.

Pero me daba la impresión de que no estaba nada convencido y que había dicho esa frase para tranquilizarse.

Así que me quedé solo en el saloncito cuya ventana daba al patio. Apagué la lámpara y por la puerta entornada me colé en la habitación que daba a la calle. Una cama bastante ancha y una librería baja pegada a la pared. No encendí la lámpara de cabecera por temor a que un transeúnte me viera por los cristales.

Una claridad imprecisa venía de la ventana y con eso me bastaba. Me senté al filo de la cama, pegado a la mesilla de noche, como si tirase de mí un imán y estuviera recuperando las costumbres de una vida anterior.

Saqué el cajón de la mesilla de noche. Medía la mitad que esta, así que dejaba sitio para un doble fondo. Estiré el brazo y encontré una libreta con tapas de cartón que habían escondido allí. Volví a colocar el cajón en su sitio, y cuando estaba con la libreta en la mano oí a Gérard Mourade cerrar la puerta de la calle.

—¿Está ahí? ¿Está en el cuarto de Noëlle y Roger?

No le contesté. Me metí la libreta en el bolsillo interior de la chaqueta y me reuní con él.

—¿Porqué ha apagado?

—Me daba miedo que me tomasen por un ladrón si veían luz en la ventana.

Habría podido enseñarle la libreta, pero me dije que no habría entendido mi comportamiento. Y, además, ¿cómo explicárselo? Había actuado como un sonámbulo, en estado de trance, y sin embargo se trataba de un gesto concreto y espontáneo, como si hubiera sabido de antemano que detrás del cajón había un doble fondo en esa mesilla de noche y que allí habían escondido algo. Hutte me había explicado que una de las virtudes necesarias para su oficio era la intuición. Y para entender mi gesto de esa noche miro un diccionario en este preciso momento: «Intuición: forma de conocimiento inmediato que no recurre al raciocinio.»

—¿Hay noticias? —le pregunté.

—Ninguna.

Tuve la esperanza de que en esa libreta que acababa de encontrar se abriera una puerta que encaminase hacia Noëlle Lefebvre.

—Tendría que pedir información a otras personas que los hayan conocido.

Se encogió de hombros. Ni siquiera se le ocurría encender la lámpara y estábamos los dos en penumbra en medio del saloncito.

—¿Se llevaba bien con su marido?

—Sí, muy bien. Si no, no le habría aconsejado a Roger que se casase con ella.

Había recobrado la voz altanera.

—¿Y a Roger Behaviour y a usted nunca se les ocurrió avisar a la policía de su desaparición?

—¿A la policía? ¿Por qué?

Definitivamente de él no podía sacar gran cosa. Trepaba por una pendiente resbaladiza sin tener ningún punto de apoyo. Por un momento sentí la tentación de sacar la libreta del bolsillo interior de la chaqueta y proponerle que descubriéramos juntos lo que Noëlle Lefebvre había escrito en ella, porque estaba seguro de que esa libreta era de ella.

—¿Y usted? Ya que se habían conocido, a lo mejor le da señales de vida.

De pronto parecía desvalido y me miraba fijamente con incertidumbre. ¿Quería hacerme más confidencias?

Así que se creía todo lo que le había dicho de Noëlle Lefebvre. Y yo tenía por entonces tal facilidad para meterme en la vida de los demás que me pregunté si no la habría conocido en aquel café del bulevar de Les Capucines, a última hora de la tarde, después del trabajo.

—Si me da señales de vida —le dije—, no dejaré de avisarle.

Nos quedamos aún los dos unos momentos de pie en la penumbra. A lo mejor tenía la misma sensación que yo; la de haber cometido un allanamiento de morada en un piso vacío y abandonado y cuyos últimos inquilinos no habían dejado rastro alguno de su paso por él.

Una agenda de tela negra con el año en caracteres dorados.

Esa misma noche copié en una hoja en blanco lo poco que Noëlle Lefebvre había anotado en ella. Esa agenda era suya, puesto que ponía su nombre en la parte de arriba de la página de guarda, con la misma letra grande y la misma tinta azul que todo lo demás.

La última anotación era del 5 de julio: *Estación de Lyon. 9 50 h*. Entre enero y junio unos cuantos nombres, unos cuantos lugares y horas de citas:

7 de enero - *Hotel Bradford 19 h*

16 de enero - *Cook de Witting*

12 de febrero - *André Roger y Petit Pierre calle de Vitruve*

14 de febrero - *MM Durac bulevar de Brune*

17 de febrero - *La Caja de Magia calle de La Félicité 13, dist. 17, 20 h*

21 de marzo - *Jeanne Faber*

17 de abril - *Josée, calle de Yvon-Villarceau 16 h*

15 de mayo - *Pierre Mollichi, Georges. discoteca de La Marine 19 h*

7 de junio - *Anita Tel: PRO 76 74*

8 de junio - *telefonear al Sr. Bruneau*

En la fecha del 10 de junio había copiado un poema:

Encima del tejado, el cielo,

¡azul, tranquilo)

Encima del tejado un árbol

y su abanico.

Cantidades de dinero, no con números, sino en letras:

3 de enero *Seiscientos francos*

14 de febrero *Mil setecientos francos*

En la fecha del 11 de febrero:

Tren llegada a Vierzon 17 h 27 Pruniers-en-Sologne - castillo de Chéne-Moreau.

En la fecha del 16 de abril una anotación, la más larga de todas las de la agenda:

Preguntar de parte de Georges a Marión Le Phat Vinh si puede encontrarle trabajo a Roger en su sociedad de transportes (Viot et Cie., calle de Cognacq-Jay, 5)

Y esta frase el 28 de junio, escrita con una letra mucho más grande que de costumbre:

Si lo hubiera sabido…

Esto completaba la ficha de Hutte, así como los nombres que anoté en cuanto volví al distrito 15.

Roger Behaviour

Gérard Mourade

Academia Paupelix

Lancel

Calle de Vaugelas, 13

Discoteca de La Marine

Poca cosa. Los siguientes días fui a las direcciones que Noëlle Lefebvre había escrito en la agenda. Desgraciadamente sin número. Y la tarde en que fui a parar al bulevar de Brune, entre dos hileras de bloques compactos que me parecía que se prolongaban hasta el infinito, comprendí que no tenía ninguna probabilidad de localizar a Miki Durac en ese bulevar, ni tampoco a Andrée Roger y Petit Pierre en la calle de Vitruve. El teléfono PRO 76 74 ya no lo cogía nadie. Ninguna Anita. Imposible identificar los nombres de pila sin señas. Confieso que no tuve valor para ir a la calle de Yvon-Villarceau. Me limité a mirar la guía y marcar los diferentes números de teléfono del número 5. Y decir en todas las ocasiones: «¿Podría hablar con Josée?» Pero después de tres respuestas negativas, me cansé de repetir esa frase. En resumidas cuentas, la agenda daba la misma impresión de vaguedad que la ficha que había redactado Hutte y que tenía tan pocos detalles. La fecha y el sitio aproximado de nacimiento de Noëlle Lefebvre, su supuesto domicilio, en el 88 de la calle de la Convention, en el distrito 15, el tal Brainos que le había entregado a Hutte la tarjeta que usaba ella para ir a buscar la correspondencia a lista de correos. Y el tal Brainos, sin que se mencionase nada más acerca de él, decía de sí mismo que era «un amigo de Noëlle Lefebvre».

Sí, definitivamente había cosas en blanco en esa vida. Más incluso que al leer la ficha incompleta en la carpeta azul cielo, esa idea se me había venido a la cabeza al hojear las muchas páginas intactas de la agenda. De trescientos sesenta y cinco días, solo le habían interesado unos veinte a Noëlle Lefebvre, y con indicaciones muy breves, con su letra grande, los había sacado de la nada. Nunca sabría nadie cuáles habían sido sus horarios y sus ocupaciones, las personas a quienes había visto ni los sitios en que había estado los demás días. Y. de entre todas esas páginas blancas y vacías, yo no podía apartar la vista de la frase que siempre me sorprendía cuando hojeaba la agenda: «Si lo hubiera sabido…» Hubiérase dicho una voz que quebraba el silencio, alguien que habría querido hacernos una confidencia, pero que había renunciado a ello o a quien no le había dado tiempo.

La investigación no progresaba. Una tarde iba andando una vez más por la calle de la Convention hasta la oficina de Correos con la esperanza de no cruzarme con Mourade. Esperaba ante la ventanilla de lista de correos. El hombre cogió una carta del casillero después de mirar la tarjeta de Noëlle Lefebvre. Volvió donde estaba yo y me hizo firmar en un registro. Me pidió la documentación. Le enseñé mi pasaporte belga. Pareció sorprenderse, fue pasando despacio las hojas y volvió a cerrar el pasaporte sin apartar la vista de las tapas verde claro como si sospechase que aquel documento era falso. Pensé que no me iba a dar la carta de ninguna manera. Pero me alargó con un ademán brusco el pasaporte belga, la tarjeta de Noëlle Lefebvre y la carta.

Al salir, me fui en sentido contrario por la calle de la Convention. Me había metido la carta en uno de los bolsillos de la chaqueta y andaba con paso rápido, con el paso de alguien que siente que lo van siguiendo. Otra vez temía encontrarme con Mourade. Hasta que no dejé atrás la orilla izquierda del río y estuve en el puente Mirabeau no abrí la carta.

Noëlle:

Después de nuestra última charla por teléfono, no sabia muy bien si querías ver de nuevo a Sancho y volver con él a Roma. Sería para ti la mejor solución.

Sandio creía que te habías reconciliado definitivamente con él cuando volvisteis a veros el mes pasado en La Caravelle y lo ha decepcionado mucho que no hayas vuelto a darle señales de vida.

He pasado por el piso de la calle de la Convention, pero lo he encontrado vacío y por lo visto te has mudado. Te habías dejado la tarjeta de lista de correos Como no sé dónde localizarte ahora, espero que todavía sigas yendo a recoger la correspondencia.

¿con el carnet de identidad? Te mando por si acaso esta carta a lista de correos y por lo demás, me pregunto por qué tenías tanto interés en que te escribieran allí y de qué ciase de cartas podía tratarse. Te recuerdo que nunca le he dado tus señas a Sancho como te prometí, ni le dije que habías encontrado un trabajo en Lancel. Pero mi objetivo ha sido siempre reuniros a los dos y me parece que ha llegado el momento Esta situación no puede durar y lo digo por tu bien.

Valdría más que vinieras a Chêne-Moreau y que te quedases una temporada. Sancho se reuniría allí contigo y volveríais a Roma.

Si recibes esta carta, dime qué te parece y toma deprisa una decisión. Paul Morihien Iría a buscarte a la estación de Vierzon.

Llámame por teléfono lo antes posible.

GEORGES

P. D.: Si quieres dejarme un recado o hablar conmigo, siempre puedes ir a ver a Pierre Mollichi a su despacho de la discoteca de La Marine como ya has hecho otras veces.

En el sobre iba el matasellos de «París — calle de Anjou».

Esa noche le enseñé la carta a Hutte y le hice notar que los nombres «Vierzon» y «Chêne—Moreau» aparecían también en la agenda de Noëlle Lefebvre.

—¿Le parece que ha dado con una pista?

Tenía un tono tan desengañado que me hizo perder de golpe toda mi radiante confianza. Como si le supusiera una carga, descolgó el teléfono.

—Querría que me diera el número del castillo de Chêne-Moreau en Pruniers-en-Sologne.

Hubo una larga espera durante la que yo temía que colgase.

—¡Ah, ya!… Muy bien…

Se cruzaba de brazos y me miraba con una sonrisa condescendiente.

—Ya no tienen teléfono en el castillo de Chêne-Moreau.

Notaba mi decepción. Añadió:

—A lo mejor bastaría con saber el nombre del dueño.

Pero no parecía que esa gestión lo convenciera mucho.

—¿Y sabe usted algo de ese tal Brainos que vino a verlo? —le pregunté.

—Pues claro…, se me ha olvidado decírselo… Tengo que reconocer que esta historia no es que me despierte una gran pasión…

Hojeaba con el índice el calendario de sobremesa que tenía encima del escritorio.

—Debió de venir la semana pasada el tal Brainos, ¿no?

Cuando dio con el día, se inclinó para leer lo que había apuntado:

—Brainos, George, avenida de Victor-Hugo, 194. Reside en París, pero por lo visto ha dirigido salas de cine en Bruselas.

Suspiró, como quien acaba de hacer un tremendo esfuerzo.

—Un hombre muy poco claro. Cincuentón. Parecía muy alterado por la desaparición de Noëlle Lefebvre.

Abría la carpeta azul cielo donde estaban juntas la ficha, la tarjeta con la foto de Noëlle Lefebvre y las notas que había tomado yo después de mi investigación sobre el terreno, como decía él. Y la carta de lista de correos que firmaba Georges Brainos.

—Le agradezco su información complementaria. Ese Brainos no me había especificado que estaba casada ni que trabajaba en Lancel.

Me sonreía con sonrisa un poco apurada. Parecía estar escogiendo las palabras para no herirme.

—Mire, hijito, no creo que este caso sea interesante. Va a dar mucho trabajo para nada. Ese hombre no me parece un cliente muy de fiar. ¿Está usted decepcionado? Se merece algo mejor. Le encargaré dentro de poco un expediente de más consistencia.

Pero resultaba que no, que yo no me colocaba en absoluto en un plano profesional. La desaparición de Noëlle Lefebvre despertaba en mí ecos mucho más hondos, tan hondos que me habría costado trabajo aclararlos.

—Está en un error —le dije—. No estoy decepcionado.

Estaba incluso aliviado al pensar que se iba a desinteresar de ese caso. En adelante ya era solo cosa mía. Ya no tenía que rendirle cuentas. Me dejaba el campo libre.

Sí, eso era lo que pensaba entonces. Pero ahora, en este momento en que estoy escribiendo y vuelvo a verme delante de Hutte, que se apoyaba con los brazos cruzados en el filo del escritorio y me clavaba los ojos azul ultramar con una atención paternal, siento la necesidad de rectificar las anteriores líneas. Fue él quien me metió deliberadamente en mi investigación. Sin decirme ni palabra, lo sabía todo desde el principio, pero no quiso presentarme sino un expediente incompleto. A lo mejor había adivinado hasta qué punto estaba yo implicado en aquel «caso» y habría podido en pocas palabras revelarme los mínimos detalles e iluminarme sobre mí mismo. «Le encargaré dentro de poco un expediente de más consistencia» Yo era demasiado joven por entonces para entender el sentido de esa frase. Era una forma discreta y afectuosa de retirarse y de dejarme que recorriera el camino yo solo. Me tenía aprecio. Me había dado unos cuantos indicios. A mí me correspondía

seguir adelante con el trabajo. Estaba llegando a la edad en que hay que tomar responsabilidades. Si me dejaba el campo libre es porque había adivinado que iba a escribir todo esto más adelante.

Hay cosas en blanco en una vida, pero a veces hay eso que se llama un estribillo. Durante temporadas más o menos largas no lo oímos y podría creerse que se nos ha olvidado ese estribillo. Y luego, un día, regresa de improviso cuando estamos solos y nada de lo que tenemos alrededor puede distraernos. Vuelve, como la letra de una canción infantil que sigue ejerciendo su magnetismo.

Cuento los años e intento ser lo más exacto posible: a fuerza de cotejar, diría que habían pasado diez años desde mi breve aprendizaje en la agencia de Hutte y las pocas tardes en que fui a lista de correos siguiendo el rastro de aquella Noëlle Lefebvre. Y sin resultado. Salvo el magro expediente de la carpeta azul cielo que había conservado y que ni siquiera tiene el volumen de los expedientes policiales y de la gendarmería a los que se ha dado carpetazo.

Estaba en el local pequeño de un peluquero de la calle de Les Mathurins. Esperaba que me tocase el turno delante de una mesa baja donde estaban colocadas, en varios montones, unas revistas y un anuario cinematográfico. En la tapa marrón de este ponía el año de publicación: 1970.

Lo hojeé y me encontré con la parte «fotografías de artistas». Un nombre me llamó la atención: Gérard Mourade. Sin embargo debo confesar que ese nombre no se me había pasado por la cabeza desde hacía diez años. Aunque «Noëlle Lefebvre» se me había quedado muy claro en el recuerdo, me habría costado trabajo decir a bote pronto el nombre exacto del hombre con quien me había encontrado hacía diez años, en el mes de abril, en un café.

En la foto tenía puesta la chaqueta con forro de borreguito que llevaba cuando se dirigió a mí. Una gorra de cuero echada hacia atrás para dejar despejada la frente y un pañuelo muy

apretado al cuello… Sentado en el brazo de un sillón sonreía. En la parte de abajo de la foto estaba escrito un número de teléfono con lápiz rojo.

El peluquero me había visto consultar el anuario y cuando me senté en el sillón giratorio, delante del espejo, y me envolvió en una bata blanca, me dijo:

—¿Le interesa el cine, caballero?

—He encontrado en ese anuario la foto de un amigo.

Me asombraba haberle hecho esa confidencia. Casi me había olvidado de Mourade y ahora volvía a aparecer de golpe.

—A lo mejor he coincidido con él. Fui durante mucho tiempo maquillador de cine.

¿Era él quien había escrito el número de teléfono con lápiz rojo? Cogió el anuario de la mesa baja y le indiqué la foto de Mourade, que estuvo mirando mucho rato.

No parecía conocerlo.

—Y, sin embargo, esa de ahí es mi letra, con lápiz rojo… Vino a cortarse el pelo…

Alargaba el brazo hacia el otro extremo de la calle, detrás de la luna.

—Debió de tener un papelito en uno de los dos teatros de enfrente. Pero ¿cuándo? Van y vienen… Hay tantos… Acaban por olvidársele a uno… ¿Usted también es actor, caballero?

—No exactamente.

—Si supiera a cuántos actores he maquillado…

Una expresión de tristeza le velaba los ojos. Tenía el anuario de cine en la mano.

—Se lo regalo. A lo mejor encuentra a otros amigos.

En la calle me entraron ganas de librarme de ese anuario que pesaba muchísimo. Pero, bien pensado, no, lo guardaría en un cajón. La fotografía de Gérard Mourade sería otro indicio,

además de la ficha que había hecho Hutte diez años antes, la poca información complementaria que había recogido yo en dos hojas y la carta de Noëlle Lefebvre que me había llevado de lista de correos. ¿Otro indicio más? Pensé en algunos juicios del tribunal de lo penal en que reúnen eso que se llaman «piezas de convicción» y, en particular, en un juicio de posguerra: detrás del inculpado, alrededor de treinta maletas, los únicos rastros que quedaban de algunas personas desaparecidas.

Antes de guardarlo en un cajón, abrí el anuario y volví a mirar la foto de Gérard Mourade. La gorra de cuero negro echada hacia atrás, la sonrisa y la postura desenfadada no encajaban con el joven con quien pasé una tarde en el distrito 15. Ese día me había parecido mucho más sombrío. Hacía pocas semanas de las sucesivas desapariciones de Noëlle Lefebvre y de Roger Behaviour, lo que explicaba sus nervios y su preocupación. Pero ahí, en la foto, cinco años después, seguramente se había hecho a la idea de esa ausencia. O habría recibido noticias suyas y, sencillamente, los había encontrado.

En la parte de abajo de la foto no venían sus señas, sino las de un agente.

Me decidí a telefonear. Contestó una mujer, seguramente una secretaria.

—Me gustaría ponerme en contacto con uno de sus artistas —dije.

—¿Su nombre, caballero?

—Gérard Mourade.

—¿Cómo se escribe?

Deletreé el apellido.

Un silencio. Luego un roce de papeles. Debía de estar mirando un fichero.

—Mourade. Gérard… Nuestra oficina no lo lleva ya desde 1971, caballero.

—¿Tiene sus señas?

—Teníamos dos direcciones, una en París, muelle de Grenelle. 57, y la otra en Maisons-Alfort, calle de Carnot, 26. Le encontramos un papelito en una obra en 1969. *El fin del mundo*, en el teatro Michel. Es todo lo que puedo decirle, caballero.

¿A santo de qué iba a ir al muelle de Grenelle, en ese mismo barrio por donde había andado pisando el rastro de Noëlle Lefebvre? No tenía valor para ello. Ni tiempo. Y además me habría dado la impresión de dar marcha atrás, de volver a un período en que mi vida era aún muy incierta… Pero ya había dejado de serlo y, la verdad, no se me ocurría qué papel iba a poder desempeñar a partir de ahora en ella un Gérard Mourade cualquiera.

A última hora de la tarde, cambié de opinión. No quería que me quedase nada de que arrepentirme o, más bien, remordimientos. Cogí la línea de metro que llevaba diez años sin tomar. En Javel, subí por el muelle hasta el puente de Grenelle. Pero al llegar a su altura, me pregunté si valía la pena seguir adelante. Habían derribado los edificios del muelle y, en su lugar, no quedaban ya más que solares y montones de escombros. Parecía que hubiese habido un bombardeo en esa zona que se llamó luego Le Front de Seine. Y no se había librado, a la altura del puente, el primer edificio del muelle, del que ya no quedaba más que la fachada de hormigón. Habría podido creer que se trataba de la fachada de un antiguo taller de automóviles si no hubiese leído encima del hueco de la entrada ese cartel con letras rojas: «Discoteca de La Marine».

Otra tarde en París, en julio, con un calor canicular. Había tenido la esperanza de encontrar un aire más fresco por la zona del bosque de Boulogne y me disponía a volver al centro en el autobús 63. Pero cambié de opinión y fui andando hasta el punto en que desemboca la avenida de Victor-Hugo.

Un nombre me había vuelto a la memoria, el de Georges Brainos, a quien Hutte había recibido hacía tiempo en su despacho y que le había mencionado la desaparición de Noëlle Lefebvre, ese Brainos de quien había recogido una carta en lista de correos. Me acordaba de su dirección, avenida de Victor-Hugo, 194, por haber leído y vuelto a leer muchas veces las pocas notas incompletas del expediente.

Acabo de escribir las palabras «hacía tiempo» en el párrafo anterior. Vale también para aquella tarde de julio que me parece tan lejana que no puedo especificar qué año era: ¿antes o después de mi visita a la peluquería donde descubrí una foto de Mourade o acaso el mismo año en que conocí a Jacques B. apodado «el Marqués».

Iba por la avenida, por la acera de la izquierda, la de los pares, y no tardé en llegar ante el 194, un palacete con fachada de ladrillo y de piedra que tenían cerradas los postigos metálicos de todas las ventanas. Una placa de cobre colocada en la puerta de entrada parecía bastante reciente aunque el edificio tenía un aspecto muy descuidado. En esa placa leí. en letras negras: «La Caravelle, sociedad inmobiliaria. P. Mollichi». Y ese nombre, igual que «avenida de Victor-Hugo, 194» aparecía también en mis antiguas notas.

Titubeé unos minutos, luego pulsé el timbre con la seguridad de que nadie iba a contestar. El calor, el barrio desierto del mes de julio, la fachada con los postigos cerrados… Pero me sorprendió el sonido estridente del timbre,

que contrastaba con el embotamiento de aquella tarde. Habría despertado a cualquiera del sueño más profundo.

La puerta se abrió en el acto, como si alguien estuviera ya detrás, esperando una visita. Un hombre de corta estatura, muchas entradas, rasgos enjutos como tallados en madera clara y ojos algo achinados me estaba mirando. Llevaba un traje oscuro muy entallado.

—Quisiera hablar con el señor Mollichi.

Había intentado hablar con voz firme.

—A su disposición.

Me lanzaba una sonrisa tan enjuta como el rostro y no mostraba sorpresa por mi visita. Se apartó para dejarme entrar y cerró la puerta.

Me hizo pasar a una habitación de la planta baja y me indicó un asiento delante de una mesa, colocada en unos caballetes, que debía de hacerle las veces de escritorio a juzgar por la gran cantidad de expedientes amontonados encima.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Había usado de cierta amabilidad, diría incluso de cierta jovialidad, para formular esa pregunta. Y era algo que contrastaba con los rasgos impasibles del rostro.

—Quisiera sencillamente pedirle alguna información.

Hacía aún más calor en esa habitación que en la calle, y me secaba la frente con la manga de la camisa. Pero a él no parecía molestarlo el calor, pese al cuello, muy alto y muy abrochado, la corbata y la chaqueta entallada. Como los postigos estaban cerrados, la fuerte luz que caía de la araña me deslumbraba.

—Es sobre una amiga de la que llevo mucho sin saber nada y que conoció al señor Georges Brainos.

Sentado detrás del escritorio, con el torso tieso, me miraba, a lo que me parecía, con benevolencia. A lo mejor mi visita lo

distraía de la monotonía de su jornada laboral. Se fijó en que yo estaba sudando.

—Lo siento mucho… No puedo ofrecerle ningún refresco…

Hizo una pausa antes de añadir:

—Yo era efectivamente el secretario y, más adelante, el colaborador del señor Brainos. Y ahora estoy al cargo de su sociedad. El señor Brainos falleció el año pasado en Lausana.

Hubo un momento de silencio por parte de ambos. Me cruzó un pensamiento por la cabeza: otro testigo que se lleva consigo su secreto.

—¿Y se acordaba usted de que el señor Brainos había vivido aquí, supongo?

—Sí.

—Por desgracia tenemos que tirar la casa dentro de unos meses. Para una operación inmobiliaria.

Parecía sentirlo mucho. Tenía un lápiz en la mano y daba golpecitos con el canto encima de la mesa.

—¿Y cómo se llamaba su amiga?

—Noëlle… Noëlle Lefebvre…

Clavaba la mirada en mí, pero yo notaba que no me veía. Aparentemente, se estaba esforzando en recordar algo.

—He debido de coincidir con ella… Hará alrededor de diez años… Noëlle… Sí, claro… El señor Brainos la quería mucho.

Me sonreía. Se sentía aliviado por haber dado con el recuerdo de aquella Noëlle.

—Vino a verme varias veces a la discoteca de La Marine…

Se inclinó hacia mí y esbozó una sonrisa.

—El nombre puede sorprenderlo… Se lo explico en pocas palabras… La sociedad del señor Brainos controlaba en un

principio las salas de cine de Bruselas e incluso un comercio de piezas de recambio para automóviles…

Había adoptado un tono frío, como si estuviera haciendo una presentación.

—A continuación, el señor Brainos fundó una sociedad que gestionaba la discoteca de La Marine, en el muelle de Grenelle, y La Caravelle, un restaurante en el barrio de Los Campos Elíseos… El señor Brainos me nombró gerente de la discoteca de La Marine, un negocio del que se libró muy pronto…

Ahora se daba golpecitos con el lápiz en la palma de la mano.

—Se lo digo porque esa joven vino varias veces a la discoteca de La Marine para traerme cartas que le enviaba al señor Brainos… Y yo a veces le daba a ella cartas del señor Brainos.

Parecía satisfecho de tener un interlocutor con quien poder recordar al «señor Brainos», como decía él. Aquí, en el mes de julio, en ese despacho con los postigos cerrados las tardes debían de resultarle largas.

—Venía a veces por las noches con unos amigos a la discoteca de La Marine… Pero a mí me parecía que desde luego no era sitio para ella…

Callaba y yo me preguntaba si no se había olvidado de mi presencia, pero visiblemente estaba buscando otros recuerdos.

—Incluso vivió aquí una temporada … en una de las habitaciones de arriba… Esto es todo cuanto puedo decirle sobre ella, caballero…

Parecía disculparse por no saber nada más sobre Noëlle Lefebvre.

—El señor Brainos seguro que le habría dado a usted más información…

—¿Se murió en Lausana?

No sé por qué se me escapó esa frase.

—Por desgracia, la gente se muere en todas partes. Incluso en Lausana…

Me miraba con ojos tristes.

—¿No habrá usted conocido a un amigo del señor Brainos, un tal Sancho? —le pregunté.

—No. Ese nombre no me suena de nada. Como gerente y director comercial, ¿sabe usted?, solo conocía a las personas que tenían negocios con el señor Brainos, o más bien a sus socios más próximos…

Volvía al tono profesional.

—En la sociedad La Caravelle trabajaba con el señor Anselme Escautier, Othon de Bogaerde, la señora Marion Le Phat Vinh, el señor Serge Servoz…

Estos dos últimos nombres me recordaban algo, pero no podía concretarlo de momento.

—Sí, ya me hago cargo —le dije para interrumpirlo, porque temía que esa enumeración durase mucho— Así que sabía usted que esa joven había vivido aquí una temporada en una de las habitaciones de arriba.

—Sí, cuando llegó a París… Creo que el señor Brainos la conoció en provincias. Le había puesto el mote cariñoso de «la pastora de los Alpes». Pero solo sé eso. ¿Era alguien muy allegado a usted?

—Mucho.

—¿Y no sabe qué ha sido de ella?

—No.

—¿Y fue a ella a quien le oyó nombrar al señor Brainos?

—Sí, tenía la esperanza de que pudiera darme alguna noticia suya.

—Entiendo.

Hubo un prolongado rato de silencio entre ambos.

—Estoy poniendo orden en los negocios, bastante complicados, del señor Brainos. Y en sus papeles. Si encuentro algo que tenga que ver con esa Noëlle… ¿Noëlle qué más, caballero?

—Lefebvre.

Apuntó el nombre en una hoja de papel.

—Estaré encantado de comunicárselo. Deme sus datos.

Le dije mi nombre y mi número de teléfono. Y él me dio una tarjeta.

—Pase por aquí cuando quiera. Estoy en el despacho todo el día. Incluso en el mes de julio.

Cuando ya me iba del despacho, miré la araña encendida que teníamos encima de la cabeza, una araña cuyo tamaño me impresionaba. Sorprendió la mirada.

—Aquí estaba el salón. En tiempos del señor Brainos.

Fuera, el aire no era tan bochornoso como hacía un rato. Yo no podía dejar de pensar en aquel hombre, en su despacho con los postigos cerrados, bajo la luz cegadora de la araña, con el torso tieso, la corbata apretada, sin la más mínima gota de sudor en la frente. Me preguntaba si no había soñado y si no debía dar media vuelta para comprobar que la fachada del 194 seguía allí o si no habían ya derribado el palacete «para una operación inmobiliaria» como me lo había anunciado Pierre Mollichi.

Se me había olvidado hacerle una pregunta acerca del castillo de Chêne-Moreau en Pruniers-en-Sologne. cuyo nombre aparecía en la carta de Georges Brainos y en la agenda de Noëlle Lefebvre. Pero ¿qué más daba? Estaba seguro de que su repuesta habría sido inconcreta, igual que por lo demás los pocos detalles que me había dado sobre Noëlle Lefebvre.

Solo contaba conmigo mismo, y eso, lejos de desanimarme, me causaba cierta euforia. Iba andando por la avenida, hacia la plaza de L’Étoile, y me sentía esa noche en

una especie de trance. Nunca me había parecido París tan dulce y tan amistoso, nunca me había adentrado tanto en la entraña del verano, esa estación que un filósofo cuyo nombre he olvidado llamaba estación metafísica. Así que Noëlle. la pastora de los Alpes, había vivido una temporada en una de las habitaciones de arriba, a unos cien metros detrás de mí… La avenida estaba desierta y sin embargo intuía a mi lado una presencia, el aire era más vivaz que el que solía respirar; la noche y el verano, más fosforescentes. Y eso lo notaba siempre que me aventuraba por atajos para poder poner luego por escrito mi itinerario, siempre que vivía otra vida, al margen de la mía.

Hoy empiezo la página 56 de este libro diciéndome que internet no me vale para nada. Aquí no hay rastro de Gérard Mourade ni de Roger Behaviour. Según el navegador, por lo visto hay tres Noëlle Lefebvre en Francia, pero ninguna encaja con la que recibía cartas en lista de correos.

Mejor, porque ya no habría tema para escribir un libro. Bastaría con copiar frases que aparecen en una pantalla sin el más mínimo esfuerzo de imaginación.

Y, como sucede con la fotografía digital, ya no se vería la imagen revelarse poco a poco en un cuarto oscuro, esa imagen y ese cuarto oscuro que mencionaba un escritor del siglo XIX en un carta que habría podido yo encontrar en lista de correos, olvidada allí desde hacía cien años y que me habría infundido valor para proseguir la investigación: «Sigo sin hablar con nadie. Es por lo demás en esta especie de cuarto oscuro de la soledad donde tengo que ver vivir mis libros antes de escribirlos.»

A lo mejor resultaba más sencillo respetar el orden cronológico y ayudarse para ello con gran cantidad de puntos de referencia. Mis agendas están aún más vacías que la de Noëlle Lefebvre que encontré en el doble fondo de la mesilla de noche. Por lo demás, si he de ser sincero, nunca he tenido agendas y nunca he escrito un diario. Me habría facilitado las cosas. Pero no quería contabilizar la vida, la dejaba correr como el dinero desatinado que se escurre de entre los dedos. No desconfiaba. Cuando pensaba en el porvenir, me decía que nada de cuanto había vivido se perdería. Nada. Era demasiado joven para saber que a partir de un determinado momento tropiezas con fallos de memoria.

Después de haber recordado mi paso por aquel peluquero de la calle de Les Mathurins y la foto de Mourade en el

anuario de cine, caigo en la cuenta de que he tenido efectivamente eso que llaman un fallo de memoria. He escrito antes que habían transcurrido diez años desde la tarde de primavera en que Hutte me mandó «sobre el terreno» en busca de Noëlle Lefebvre. Y daba así la impresión de que. durante esos diez años, no me había acordado ya de ese brevísimo episodio de mi vida y de que toda la gente a la que había conocido y los diversos acontecimientos que había vivido en los últimos diez años habían cubierto con una capa de olvido esa tarde en el distrito 15. Pero no era así. A partir de ahora es preciso, en la medida de lo posible, que me esfuerce por respetar el orden cronológico; si no, me perderé en esas zonas donde se enmarañan la memoria y el olvido.

Me parece que hacía apenas dos años que me había ido de la agencia de Hutte. De repente, una tarde, en plena acera, noté un golpe, como si el tiempo me llevase bruscamente hacia atrás o más bien como si esos dos años hubieran quedado suprimidos. Y volvía a tener la sensación de seguir adelante con la investigación.

Estaba cruzando el terraplén de la plaza de l'Opéra y me disponía a bajar las escaleras de la boca del metro cuando vi de lejos el letrero y el escaparate del comercio de artículos de piel Lancel. La acera tembló una fracción de segundo hasta el punto de hacerme trastabillar y despertarme de un prolongado sueño.

Entré sin titubear en Lancel y me dirigí a una de las dependientas. al fondo de la tienda.

—Disculpe. Querría saber qué es de Noëlle Lefebvre.

Lo había dicho con voz firme y recalcando las sílabas, pero no parecía haberme entendido.

—¿Saber de quién, caballero?

Me miraba con cierta desconfianza y me entró miedo de que avisase a sus compañeras. Desde luego no tenía el aspecto de un cliente normal.

—Noëlle Lefebvre. Trabajaba aquí hace dos años.

—Solo llevo aquí seis meses… Debería preguntara mi compañera…

Me indicaba a una mujer morena de unos treinta años sentada detrás de un escritorio, cerca de la puerta de la tienda.

No se percataba de mi presencia. Se hallaba absorta en una tarea que me parecía de contabilidad. Estaba a punto de irme

de la tienda de la forma más discreta posible cuando alzó la vista hacia mí.

—Señora…, ¿podría decirme si sabe algo de Noëlle Lefebvre…? Trabajaba aquí hace dos años…

No me quitaba ojo como si intentase saber con quién estaba hablando. Iba vestida de manera formal y llevaba un corte de pelo clásico. Le había hecho la pregunta con voz tranquila. No tenía nada que reprocharme.

—¿Era usted amigo de Noëlle Lefebvre?

Noté que mi caso le interesaba. Lo único que me alteraba era que había hablado en pasado.

—Sí. Muy amigo.

—Cerramos dentro de una hora… Aquí resultará difícil hablar… Podemos vernos luego enfrente, en el bulevar de Les Capucines, en el café Khédive, si quiere… Dentro de una hora…

Se puso de pie, me acompañó hasta la salida de la tienda y me indicó el café.

Me senté a una mesa de la terraza. Dos años antes, cuando estaba intentando averiguar algo más, le dije a Gérard Mourade que era en ese café donde quedaba con Noëlle Lefebvre cuando salía de trabajar. Y, según iba pasando el tiempo, me preguntaba si lo que le había dicho a Mourade era en realidad una mentira. Lamentaba no llevar encima la tarjeta de lista de correos para mirar la foto con mayor atención. ¿A lo mejor había conocido a esta Noëlle Lefebvre? Hay cosas en blanco en la vida y eclipses de la memoria. Y si me había tomado en serio esta investigación que me había encargado Hutte —un «caso» bastante vulgar, porque existen cientos de personas que desaparecen a diario o cambian de domicilio o, sencillamente, rompen con su vida cotidiana porque les entra esa ventolera— era seguramente porque esa cara me recordaba algo, a alguien con quien me había cruzado con otro nombre.

La vi cruzar el bulevar y le hice una seña con el brazo. Estaba de pie. delante de mi mesa.

—¿No le importa si vamos andando hasta la Madeleine? Cojo el metro ahí… Tengo que estar en casa antes que de costumbre…

Pasamos ante el escaparate de Lancel y cruzamos la plaza. No decía nada. No teníamos mucho tiempo para hablar hasta la Madeleine. Me tocaba a mí iniciar la conversación.

—¿Era usted amiga de Noëlle Lefebvre?

—Sí. En cuanto entró en Lancel. Salíamos juntas muchas veces.

Parecía aliviada de que hubiera dado yo el primer paso, como si se tratase de una cuestión delicada.

—¿Y no sabe ya nada de ella?

—No. Desde hace dos años.

—Yo tampoco.

Era la hora más concurrida en la acera del bulevar de Les Capucines. Salía gente de las oficinas e iba a tomar el metro o el tren en la estación Saint—Lazare. Me daba la impresión de que iban todos andando en dirección contraria a la nuestra y temía que nos perdiésemos de vista entre aquel gentío, tanto más cuanto que ella andaba deprisa y me costaba seguirla. Habría sido más sencillo que la cogiera del brazo, pero existía el riesgo de que ese gesto le pareciera fuera de lugar.

—¿Y no tiene ni idea de dónde puede estar?

—Ni idea. Su marido vino a Lancel. Hablé con él. Él tampoco entendía nada.

Notaba que le costaba hablar de ese recuerdo. Y, después de todos estos años, me pregunto si no prefería que estuviéramos entre todo aquel gentío mejor que a solas en un café para hablar de Noëlle Lefebvre.

—¿Conocía bien a su marido?

—En realidad no lo conocía. Debí de verlo dos o tres veces. Salíamos siempre las dos solas, Noëlle y yo.

—¿Y conoció a Gérard Mourade?

—¿El moreno alto de pelo rizado que iba a clases de teatro?

Había alzado la cabeza hacia mí. Tenía una sonrisa irónica.

—Noëlle me llevó una vez a su clase de arte dramático…, muy cerca de Lancel…

Andaba tan deprisa que no solo me costaba seguirla sino también oír lo que decía. Y además tenía una voz muy sorda.

—¿Y usted conoció a su marido?

—No.

—Noëlle me decía que tenía cierta tendencia a deprimirse. Siempre le andaba buscando trabajo. Por lo demás, me pregunto si era de verdad su marido…

Una anotación de la agenda de Noëlle Lefebvre me volvió a la cabeza, de entre todas las que me sabía de memoria a fuerza de querer entenderlas, como si se tratase de un código secreto: «Preguntar a Marion Le Phat Vinh si puede encontrarle trabajo a Roger en su empresa de transportes.»

—¿Cree que no era su marido?

—Creo que Noëlle tenía una vida sentimental complicada y que eso le daba disgustos a veces… Pero nunca me hizo confidencias…

—¿Así que salían las dos juntas?

Si no le hacía preguntas me daba la sensación de que se habría quedado callada. La desaparición de Noëlle Lefebvre era seguramente para ella un tema doloroso. Durante dos años debía de acordarse de ello como yo, a intervalos cada vez más espaciados, porque la vida normal se impone, no queda más remedio.

—Sí, salíamos juntas, Me llevaba a veces a unos sitios muy raros. Por ejemplo a una discoteca en el muelle de Grenelle.

—¿La Marine?

—Sí. La Marine. ¿También lo llevó a usted?

Había dejado de andar como si estuviera esperando una respuesta que fuera importante para ella.

—No. Nunca.

—Es curioso —me dijo—. Tengo la impresión de haberlo visto a usted un día con ella en el café de antes…, enfrente de Lancel…

—No. Está equivocada…

—Entonces era alguien que se la parecía…

Estábamos apartados del gentío a la entrada del callejón que lleva al teatro Édouard Vil. Estaba desierto y contrastaba con la oleada de transeúntes del bulevar por el que teníamos que ir a contracorriente.

—Y había otro sitio además de La Marine, adonde Noëlle me llevaba muchas veces…, en los Campos Elíseos…, a la entrada de un callejón… como este en que estamos ahora…

Miraba el reloj de pulsera.

—Se me hace tarde…, disculpe…

Había echado a andar otra vez y a mí me seguía costando seguirla por entre aquel gentío. Estaba callada y parecía preocupada. Era como si hubiera olvidado mi presencia y todo cuanto tuviera que ver con Noëlle Lefebvre.

—En resumidas cuentas —le dije—, solo la trató durante unos meses.

—Alrededor de tres meses. Pero éramos amigas de verdad.

De repente tenía una voz muy seria. Y me extrañó que me cogiera del brazo.

—¿Y usted? ¿Hacía mucho que la conocía?

—Sí. Mucho. Nacimos en la misma región. En los alrededores de Annecy.

Esa frase ya se la había dicho a Mourade hacía dos años. Y esta noche, al repetirla, me parecía que ya no era mentira del todo.

—Sabía que había nacido en un pueblo de montaña, pero nunca me habló de usted.

—Ya no nos veíamos mucho en los últimos años… Creo que había hecho amigos nuevos…

Quería citarle un nombre, pero era un nombre con el que no daba. Y luego hubo suerte y me acordé.

—¿Conoce a un amigo suyo que se llamaba Georges Brainos? Un hombre de unos cincuenta años…

Parecía estar pensando y seguía cogida de mi brazo.

—¿De unos cincuenta años? Entonces debía de ser el dueño de la discoteca de La Marine y del sitio del que le hablé antes, por la zona de los Campos Elíseos…, o de otro a lo mejor…

El tal Brainos no parecía interesarle mucho. Otra vez estaba callada y a mí no se me ocurrían más preguntas que hacerle. Llegábamos a la Madeleine. Estábamos delante de la boca del metro.

—Tenía otra amiga además de a mí… Miki Durac… No sé dónde la había conocido… Esa amiga le presentaba a mucha gente… Pero yo prefería estar sola con Noëlle… ¿Conoció usted a Miki Durac?

Me miraba fijamente con ojos desconfiados. No me parecía que tuviera muy buena opinión de Miki Durac.

—No, nunca coincidí con ella.

—No nos ha dado tiempo a hablar mucho de Noëlle —me dijo—. Podríamos volver a vemos si quiere…

Abría el bolso y me alargaba una tarjeta de visita. Era difícil quedamos los dos a la entrada de esa boca de metro sin que nos pegasen empujones. La hora punta.

Me dio la mano. Noté que quería decirme algo.

—Mire…, he intentado dar con una explicación…, creo que está muerta.

Y luego se fue de repente, como si la arrastrase la oleada de todos los que estaban bajando las escaleras.

Un poco después temí haber perdido la tarjeta de visita. Pero la tenía en el fondo de uno de los bolsillos de los pantalones. Françoise Steur. Unas señas y un número de teléfono en Levallois—Perret. «Creo que está muerta.» Lo había dicho con su voz sorda y me había costado oírla.

Por mucho que le daba vueltas, no me hacía a esa idea. Cuando vuelvo a pensarlo hoy, me digo que esa frase decisiva. «Creo que está muerta», no encajaba con la vaguedad y la incertidumbre que rodeaba para mí a Noëlle Lefebvre. Si solo se hubiera tratado de reunir todas las piezas de un puzle y de conseguir así una imagen concreta y definitiva, a lo mejor esa frase no me habría chocado como lo hizo cuando estaba aquella noche con Françoise Steur delante de la boca de metro. Pero por mucho que examinemos con lupa los detalles de lo que ha sido una vida, quedarán secretos y líneas de fuga para siempre. Y eso me parecía lo contrario de la muerte.

Y además otro aspecto de la cuestión se me aparece ahora con más claridad que en los tiempos de mi juventud: ¿es posible fiarse de los testigos? ¿Qué me habían contado Gérard Mourade o Françoise Steur sobre Noëlle Lefebvre que me hubiera aclarado algo respecto a ella? No gran cosa. Unos cuantos detalles deshilvanados y contradictorios que lo enturbiaban todo, igual que esas interferencias de la radio que nos impiden escuchar una música. Y esos testigos son tan improbables que los ves una vez, les haces ciertas preguntas a

las que no dan ninguna respuesta y ni siquiera sientes la necesidad de seguir en contacto con ellos.

No es el caso de Françoise Steur a quien volví a ver más adelante, y lo contaré si tengo valor para ello. Pero ¿y Gérard Mourade? Cuando salí de la peluquería de la calle de Les Mathurins con aquel anuario de cine en la mano, me dije que durante los cinco años anteriores no me había acordado de él ni una vez. Sin embargo, si hubiera sentido más curiosidad, me habría enterado de que tenía un papelito en *El fin del mundo*, en el teatro Michel, y habría ido a verlo a su camerino. Pero habría corrido el riesgo de llevarme un chasco: a lo mejor había acabado por olvidarse de Noëlle Lefebvre y de nuestro primer encuentro. En cuanto a Miki Durac, había renunciado dos años antes a localizarle en los incontables edificios del bulevar de Brune.

Me gustaría respetar el orden cronológico y anotar los momentos, en el transcurso de tantos años, en que Noëlle Lefebvre me volvió de nuevo a la cabeza, especificando en todas las ocasiones la fecha y la hora. Pero resulta imposible en un espacio tan prolongado de tiempo establecer un calendario así. Creo que es preferible dejar correr la pluma. Sí, los recuerdos acuden al hilo de la pluma. No hay que forzarlos, sino escribir evitando las tachaduras cuanto sea posible. Y el flujo ininterrumpido de las palabras y las frases, algunos detalles olvidados o que hemos enterrado, sin que se sepa muy bien por qué, en lo hondo de la memoria irán subiendo poco a poco a la superficie. Sobre todo, no hay que detenerse, sino conservar la imagen de un esquiador que se desliza por toda la eternidad por una pista bastante empinada, igual que la estilográfica por la página blanca. Las tachaduras ya vendrán después.

Un esquiador que se desliza por toda la eternidad. Hoy esas palabras me recuerdan la región de la Alta Saboya donde pasé unos cuantos años de mi adolescencia. Annecy, Veyrier-du-Lac, Megéve, el monte de Arbois.

Una tarde de julio, ese mismo año en que encontré la foto de Mourade en el anuario de cine, me crucé en la confluencia de Richelieu-Drouot con un amigo de Annecy precisamente, un tal Jacques B., a quien apodaban «el Marqués». Y entonces me acordé de que Noëlle Lefebvre había nacido en un «pueblo de los alrededores de Annecy». No le había dado demasiada importancia a ese detalle, que figuraba en la ficha de Hutte. Era una ficha tan incompleta y llena de tantas cosas inexactas que me preguntaba si no habría sido el propio Hutte quien había escogido ese «pueblo en los alrededores de Annecy» para convertirlo en el lugar de nacimiento de Noëlle Lefebvre

y quitarse de encima lo antes posible un «caso» que no le resultaba interesante.

Llevaba diez años sin ver a Jacques B.» lo mismo que a todas las personas a quienes había conocido en la Alta Saboya.

Me dijo que trabajaba en un periódico, un poco más allá, y acabamos sentados frente a frente a una mesa del café Cardinal.

El local estaba desierto. Debido a la presencia del Marqués me dio la impresión de que volvíamos a estar bajo los soportales de La Taverne, en Annecy, en plena tarde de verano.

Dejé que el Marqués me relatase su «trayectoria», como decía él, desde los hermosos días de Annecy. Una temporada en la Legión Extranjera. Una baja al cabo de pocos meses. Unos cuantos empleíllos en Lyon antes de tomar el tren para París. Acabó por hacerse periodista en la sección de sucesos. Llevaba en ese trabajo dos años.

—¿Por qué la Legión Extranjera? —le pregunté.

Parecía tan desenfadado y tan despreocupado años atrás en la playa del Sporting y por las calles de Annecy que no se me habría ocurrido prever ese alistamiento.

—Así estaban las cosas —me dijo encogiéndose de hombros—. No tenía elección…

Y me disgusté conmigo mismo por no haberle notado en aquella época cierto desapego de la vida.

—¿Por casualidad conociste en Annecy a alguien que se llamase Lefebvre?

—¿Con *b* o sin *b*?

Reconocí su sonrisa irónica, una sonrisa que en mis recuerdos no daba de lado nunca.

—Con *b*.

—Lefebvre…

Y pronunciaba ese apellido acentuando la letra *b*.

—Pues claro que sí… Sancho Lefebvre.

Sancho Lefebvre. Ese nombre también me sonaba a mí. Pero nunca lo habría relacionado con Noëlle Lefebvre.

—Un tipo mayor que nosotros… No has podido conocerlo… No se me ocurre ningún otro Lefebvre en Annecy… Pero ¿qué le quieres a Sancho Lefebvre?

Me miraba con su eterna sonrisa, sin parecer sorprendido, solo un poco extrañado de que ese Sancho Lefebvre se materializase junto a nosotros, como un fantasma, o quizá como un muerto.

—Debió de irse de Annecy hace quince años… Pero volvía de vez en cuando… Vivía en Suiza o en Roma…, o quizá incluso en París…

Y de repente me acordé del principio de una tarde de verano en Annecy. Yo había buscado refugio en el vestíbulo de un hotel de la calle de Sommeiller para ampararme del sol y del calor. Había tres o cuatro personas sentadas a mi lado y el nombre de «Sancho Lefebvre» volvía con frecuencia a su conversación sin que yo pudiera entender nada de lo que decían, salvo ese nombre y ese apellido, o más bien solo el nombre: Sancho. Ese mismo nombre aparecía en la carta a Noëlle Lefebvre que intercepté hacía diez años en lista de correos.

—Un individuo muy curioso… Siempre que volvía a Annecy era sabido que lo había hecho por su coche…, un coche deportivo inglés o italiano…, o uno americano descapotable.

—¿Qué edad tendría ahora?

—Treinta y nueve o cuarenta años.

—¿Estaba casado?

—No.

Sentado ante mí, Jacques B. parecía absorto en sus pensamientos.

—El último año en Annecy, antes de alistarme en la Legión…, creo que nos volvimos a ver ese año, ¿no?… En 1962 o 1963. Oí decir que Sancho Lefebvre se había ido de Annecy con una chica de veinte años… y que incluso se había casado con ella…

—¿Y a esa chica no la conocías?

—No.

—¿No se llamaba Noëlle?

—Nunca he conocido a una Noëlle en Annecy.

Habíamos agotado el tema. Había sentido ciertos escrúpulos por hacerle todas esas preguntas y buscaba las palabras para darle una explicación.

—Se trata de un suceso en el que se vio mezclado un amigo hace diez años…, una desaparición…, y como la chica había nacido en los alrededores de Annecy, pensé que estabas enterado…

—¿Un suceso? ¿Por qué no? Con un tipo como Sancho Lefebvre todo era posible.

Había hablado en pasado. Y, de repente, noté un cansancio tremendo al recordar el pasado y sus misterios. Era algo así como lo de quienes se habían pasado décadas y décadas intentando descifrar una lengua muy antigua. El etrusco, por ejemplo.

Estuvimos hablando de cosas triviales en la lengua de hoy. Y luego, después de darnos las señas y los teléfonos, lo acompañé a la calle de Richelieu, hasta su periódico. Según entraba en el vestíbulo me sonrió y me dijo:

—Si quieres, voy a intentar enterarme de más cosas sobre Sancho Lefebvre.

Me acuerdo de mi estado de ánimo de aquel día. Después de haberme separado de Jacques B. apodado «el Marqués», me fui andando por los Grandes Bulevares. A la altura del cine Rex, me dije que iba a ir a buscar a Françoise Steur, algo más allá, a unos cientos de metros. Pero ¿seguiría trabajando en Lancel? En caso afirmativo, me haría esperar una o dos horas antes de salir de la tienda. ¿Para qué iba a ir? Seguramente ella no sabía que existiera Sancho Lefebvre.

Estaba perplejo. Ahora tenía la seguridad de que Noëlle Lefebvre no se había llamado nunca Noëlle Behaviour en el registro civil, sino que había estado casada con ese hombre sin rostro de quien Jacques B. me había dicho que yo no había podido conocerlo en Annecy. Señora Lefebvre, mujer de Sancho Lefebvre. ¿Y su apellido de soltera? No solo llevaba diez años desaparecida, para mí era ya una muchacha sin apellido. E incluso el nombre, Noëlle, ¿era el de verdad?

En varias ocasiones, en los días posteriores, sentía la necesidad de llamar por teléfono a Jacques B. para proponerle que quedásemos. Era el único con el que podía hablar del período de mi vida en la Alta Saboya. Y el hecho de que el enigmático Sancho Lefebvre y Noëlle Lefebvre hubieran tenido vínculos ambos con esa región me perturbaba. Un apellido muy corriente en Francia y, sin duda, en la Alta Saboya.

Tenía que apañármelas solo, e incluso sin la ayuda de Jacques B. Intentaba catalogar a todas las personas a quienes había conocido en Alta Saboya con la esperanza de que alguna de ellas me pusiera de pronto sobre la pista de Sancho o de Noëlle Lefebvre. Al principio, tengo que reconocer que esa tarea me resultaba penosa. Me sentía igual que un amnésico a quien han proporcionado un itinerario muy detallado que va a tener que ir siguiendo en una zona que años atrás le fue familiar. Bastará con el nombre de un pueblo para que de repente recuerde todo su pasado.

Era la primera vez que me dedicaba a ese tipo de ejercicio. Cuando Hutte me envió al distrito 15 a buscar a Noëlle Lefebvre y yo sabía, por la ficha que él había hecho, que esta había nacido «en un pueblo de los alrededores de Annecy» no establecí una relación directa con mi propia estancia en la Alta Saboya. Mis recuerdos de esa estancia eran aún recientes, puesto que los últimos apenas si eran de hacía tres años. Pero no tenía ni costumbre ni afición de mirar hacia el pasado.

Me asombraba que los nombres me volvieran a la memoria en tan gran cantidad. Los escribía en una libreta y los rostros que correspondían a esos nombres iban desfilando como diapositivas. Rostros con rasgos bastante nítidos; otros, borrosos; tanto que ya solo eran algo así como un halo o un contorno inconcreto en el que apenas si destacaban la boca y

las cejas. Pero aunque las caras fueran ya irreconocibles en la mayoría de los casos, los nombres seguían intactos.

Loulou Alauzet, Georges Panisset, Yerta Royez, la señora Chevallier, el doctor Besson, el doctor Trévoux, Pimpin Lavorel, Zazie, Marie-France, Pierrette, Fanchon, Kurt Wick, Rosy, Chantal, Robert Constantin, Pierre Andrieux y otros más, que no paraban de acudir… Pero por mucho que me los repitiera en voz baja, ninguno de esos nombres iba unido para mí al de Sancho Lefebvre, que oí que pronunciaban una tarde de verano en el vestíbulo del hotel de la calle de Sommeiller unas personas a las que no conocía. Me parecía incluso que iba descaminado. A fuerza de recordar a todos a quienes había conocido en la Alta Saboya en aquel período de mi vida, el tal Sancho Lefebvre y Noëlle, de igual apellido, se iban a perder entre aquel gentío y no tendría ya oportunidad alguna de encontrarlos. Sí, había escogido un sistema fatal. Con esa afluencia demasiado brusca de recuerdos corría el riesgo de que quedasen ocultos otros, más secretos, y que se borrasen definitivamente las pistas.

Pero al volver a pensar en Jacques B. y en nuestra conversación, regresé al camino en el que tenía alguna probabilidad de encontrar a Sancho Lefebvre. Una frase de Jacques B. en la que de momento no me había fijado de forma especial, me pareció que volvía a oírla, pero de forma más clara que la primera vez: «Un individuo muy curioso… Siempre que volvía a Annecy era sabido que lo había hecho por su coche…» Y la imagen de un coche americano descapotable se me fue imponiendo poco a poco como si estuviera esperando el revelado de una foto en un cuarto oscuro. Uno de aquellos veranos tórridos de principios de la década de los sesenta, lo había visto en varias ocasiones aparcado en la avenida de Albigny, en diferentes sitios, en la acera de la izquierda, delante de la prefectura, o en la derecha, a la altura del Sporting. Y también delante del casino. Pero ¿qué verano exactamente? Un día, a primera hora de la tarde, desde la playa de Veyrier-du-Lac, iba yo camino arriba para comprar un periódico en la tiendecita que había a la orilla de la

carretera, antes de llegar a Correos y a la iglesia. En la primera página del periódico ponía en letras enormes y negras un nombre que no conocía y cuya sonoridad me llamó la atención: BIZERTA, una sonoridad sorda e intranquilizadora, como las sílabas que aprendía a leer en la infancia en la penumbra de los talleres de coches: CASTROL. Bastaría con buscar la fecha de eso que se llamó «los sucesos de Bizerta» para saber el año del verano aquel.

Debía de ser el primer verano que pasaba en Annecy después de un año en un internado de un pueblo de los alrededores. Salía del cine del casino. Eran más o menos las doce de la noche. Para volver a mi habitación, en Veyrier-du-Lac, podía ir a pie. pero iba a tardar mucho. O hacer autostop. O coger, a las seis de la mañana, el primer coche de línea en la plaza de la estación. Fue entonces cuando vi que se me acercaba en dirección contraria un chico con el que me había encontrado la semana anterior en la playa de Les Marquisats, un tal Daniel V., mayor que yo. Desde que habían empezado las vacaciones, V. ganaba algún dinero dando clases de tenis, pero tenía intención de irse definitivamente de Annecy en el mes de octubre para, a lo que me decía, «trabajar en la hostelería en Ginebra o en París». Tenía ya cierta experiencia del oficio después de un trabajo de seis meses como barman en el Cintra de la calle de Vaugelas.

—¿Qué haces aquí tú solo?

Le dije que tenía que volver a Veyrier-du-Lac, pero que no sabía cómo. A pie seguramente.

—¡No, hombre!… Yo te llevo.

Y me brindaba una dilatada sonrisa, la de un barman que le propone a un cliente solitario que se ha demorado en la barra otro cóctel.

Me llevaba hacia la avenida de Albigny.

—Tengo un coche algo más allá…

A esas horas, la avenida estaba desierta y silenciosa. Se oía el murmullo de los árboles. Según avanzábamos, ya solo nos

alumbraba la luna llena. Al menos así lo recuerdo.

A la altura de la villa Schmidt un coche americano descapotable estaba aparcado junto a la acera. Lo reconocí en el acto. Ese mismo día lo había visto estacionado en la calle Royale.

—El dueño deja siempre la llave en el salpicadero.

Abrió la puerta y me hizo una seña para que me subiera. Yo no me decidía.

—No tengas miedo —me dijo Daniel V.—. El individuo este no se entera de nada.

Me senté y Daniel V. cerró de golpe la puerta. Era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Daniel V. se puso al volante. Giró la llave de contacto y oí ese ruido del motor característico de los coches americanos que me llamaba tanto la atención desde la infancia porque te daba la impresión de que ibas a despegar.

Dejamos atrás la prefectura e íbamos siguiendo una carretera a la orilla del lago. Me esperaba ver aparecer un coche de la policía.

—No pareces muy a gusto —me dijo Daniel V.—. Puedes estar tranquilo… Me sé de memoria los horarios de este individuo. Nunca coge el descapotable antes de las tres de la mañana. Está jugando en el casino.

—Pero ¿por qué deja la llave en el salpicadero?

—El coche tiene matrícula de Italia, de Roma… Debe de ser una costumbre de allí eso de dejar la llave de contacto en el salpicadero.

—Supón que te piden el carné de conducir.

—Diría que el individuo ese me ha prestado el coche. Ya lo arreglaría con él.

Daniel V. acababa por contagiarme su despreocupación. Afín de cuentas, yo no tenía aún diecisiete años.

—La última vez que cogí prestado este coche me fui hasta La Clusaz…

Conducía despacio y yo había dejado de oír el motor. Notaba un leve bamboleo, como si fuéramos flotando por el agua.

—No sé nada de ese individuo…, pero nació por aquí… Vuelve de vez en cuando a Annecy en verano… Hace dos años que lo localicé por culpa de su coche… Se llama Serge Servoz.

Abrió la guantera y me alargó el carné de conducir donde aparecían efectivamente ese nombre y una foto de un hombre joven aún, pero que parecía mucho mayor que nosotros. Los días y meses siguientes iba a darme cuenta de que el nombre «Serge Servoz» se me había quedado en la memoria.

—Esta noche aprovechamos para ir hasta Ginebra —me dijo Daniel V.—. ¿Qué te parece?

Pero debió de leerme cierta preocupación en la mirada porque me dio una palmada en la rodilla.

—Que no…, que estaba de broma…

Iba aún más despacio y el coche resbalaba en silencio como si fuese en punto muerto. La avenida desierta por delante y los reflejos de la luna en el lago. A partir de Chavoire, no sentía ya ninguna preocupación. Ahora me daba la impresión de que aquel coche era nuestro.

—Mañana por la noche, a esta misma hora, podríamos dar otra vuelta —me dijo Daniel V.

—¿Tú crees que el coche estará aparcado en el mismo sitio?

—Ahí o delante de la prefectura. Durante el día. siempre lo aparca delante de los soportales, en la primera calle a la derecha pasada La Taverne.

Me asombraba tanta precisión. Habíamos llegado a Veyrier-du-Lac y estábamos dejando atrás el plátano grande que indicaba la parada del coche de línea que cogía yo los domingos a última hora de la tarde para volver al internado.

Paró el motor al cruzar la portalada abierta de par en par de Les Tilleuls y el coche se deslizó por el paseo cuesta abajo hasta la entrada de la casa.

—La próxima noche iremos a Ginebra.

Se fue en marcha atrás y movió el brazo para decirme adiós.

Iba a volver a verlo en el mes de noviembre del año siguiente, un domingo en que regresaba al internado. Esa tarde, cuando me subí al coche de línea en Veyrier-du-Lac no quedaba ya ningún asiento libre. Me quedé de pie con otros pasajeros. Él también iba de pie, muy cerca de mí, de uniforme.

—Que sí, que soy yo —me dijo con una sonrisa apurada —. Estoy haciendo la mili en Annecy.

Me contó que se había casado con una chica que llevaba seis meses esperando un hijo suyo y que vivía con ella en casa de sus suegros, en el pueblecito de Alex. Había conseguido que las autoridades militares lo dejasen volver a casa todas las noches.

Le había cambiado la cara porque llevaba el pelo al cero y sobre todo, a lo que me parecía, por la tristeza de la mirada.

—¿Y tú? —me preguntó—, ¿Sigues estudiando?

—Sigo.

Pero no sabía qué más decirle.

Antes de que se detuviera el coche de línea en el pueblo de Alex, me agarró el brazo.

—La verdad es que estábamos mejor en el coche descapotable de Serge Servoz que en este coche de línea, ¿no te parece?

Y, como si quisiera convencerse a sí mismo, me dijo que no había renunciado al proyecto de trabajar en la hostelería, en

el extranjero. En Ginebra no, estaba demasiado cerca de aquí. Pero en Londres quizá.

Según voy intentando poner al día mi investigación, noto una impresión muy extraña. Me parece que todo estaba escrito ya en tinta simpática. ¿Cómo la define el diccionario? «Tinta que es incolora al utilizarla y se oscurece con la acción de cierta sustancia.» Quizá, al volver una página, aparezca poco a poco lo que quedó redactado con tinta invisible, y las preguntas que llevo tanto haciéndome acerca de la desaparición de Noëlle Lefebvre y la razón por la que me hago esas preguntas, todo eso quedará resuelto con la precisión y la claridad de los informes policiales. Con una letra muy clara y que se parece a la mía. en las explicaciones constarán los mínimos detalles y los misterios quedarán resueltos. Y, en definitiva, eso me permitirá quizá entenderme mejor a mí mismo.

Esta idea de la tinta simpática se me ocurrió hace unos días mientras volvía a hojear la agenda de Noëlle Lefebvre. En la fecha del 2 de julio: «Vuelto a ver a Sancho en La Caravelle, en la calle de Robert-Estienne. No habría debido volver a ese sitio. ¿Qué hacer?» Estaba seguro de no haber leído eso antes y de que la página estaba en blanco. Esas palabras estaban en tinta azul, mucho más pálida que la de las demás anotaciones, un azul casi traslúcido. Y al examinar de cerca y con una luz fuerte las páginas en blanco de la agenda, me daba la impresión de ver rastros de escritura en filigrana, pero era imposible distinguir las letras y las palabras. En apariencia, ocurría lo mismo en todas las páginas, como si Noëlle Lefebvre hubiera escrito un diario o mencionado muchas citas. Voy a informarme acerca de esa «cierta sustancia» que cita el diccionario. Seguramente se trata de un producto que es fácil de encontrar en el comercio y gracias al cual todo lo que anotó en su agenda subirá a la superficie de la página blanca, como si lo hubiera escrito la víspera. O, si no, todo ocurrirá de forma

natural, todo se volverá legible de un día para otro. Basta con dejar que pase el tiempo.

Lo demuestra que haya necesitado décadas para enterarme de que me había equivocado en la ortografía del apellido «Behaviour».

Solo se lo había oído decir a Gérard Mourade y estaba seguro de que debía escribirse a la inglesa: Behaviour. Pero resulta que no. Me di cuenta de mi error hace quince años, cuando iba muelle adelante en dirección a la Casa de la Radio.

Había llegado a la altura del taller grande que está antes del metro elevado y las escaleras de la glorieta de L'Alboni. A la entrada del taller, un cartel blanco con esta inscripción en letras rojas.

TALLER DE LE TROCADÉRO

R. Béavioure

Especialista en Chrysler

Servicio 24 horas

Conocía bien el barrio y me extrañaba no haberme fijado nunca en el cartel y, sobre todo, en el apellido BÉAVIOURE. Pero quizá haya que esperar a que pase determinado período de tiempo para que las letras y los nombres aparezcan, igual que en las páginas de la agenda de Noëlle Lefebvre. Eso me reafirmaba en la idea de que si a veces tenemos fallos de memoria todos los detalles de nuestra vida están escritos en algún sitio con tinta simpática.

Del otro lado de la amplia luna veía a un hombre sentado detrás de un escritorio metálico, con la cabeza inclinada y aspecto de estar mirando un expediente. Di un golpe en el cristal. Alzó la cabeza hacia mí y me hizo seña de que entrase.

Estaba de pie delante de él. Un hombre de alrededor de cincuenta años, con el pelo blanco cortado a cepillo, muy corto, y un toque juvenil en la cara, debido seguramente a la mirada y al cutis liso y tostado que contrastaba con el pelo blanco.

—¿Quería algo, caballero?

También la voz era juvenil, con un leve acento parisino.

—¿Es usted Roger Béavioure?

—En persona.

—Solo quería una información.

Llevaba una chaqueta de tela azul marino y una camisa polo amarilla que le daban un aspecto deportivo.

—Estoy a su disposición…

Me sonreía y esa sonrisa era seguramente la misma que en su juventud. Y yo temía que esa sonrisa se le congelase de pronto cuando entrase yo en el meollo del asunto.

—Es por su apellido…

—¿Mi apellido…?

Fruncía el ceño y había desaparecido la sonrisa.

—Creo que conoció usted hace mucho a unos amigos míos…

La frase me parecía un poco brusca, pero había puesto una voz muy suave.

—¿Unos amigos? ¿Quiénes?

—Una chica que se llamaba Noëlle Lefebvre y un chico cuyo nombre era Gérard Mourade. Le hablo de hace mucho… Creo que tenemos más o menos la misma edad…

Me había expresado lo mejor que había sabido para que se sintiera en confianza, esforzándome por poner un tono despreocupado. Pero sentía cierta aprensión.

Se le había nublado la mirada y guardaba silencio. Me pregunté si lo que acababa de decirle le resultaba molesto o si estaba realizando un esfuerzo de memoria.

—¿Quiere repetirme los nombres?

—Gérard Mourade y Noëlle Lefebvre. Noëlle Lefebvre desapareció de la noche a la mañana. Sabía que vivía con un tal Roger Béavioure…

—El primer nombre no me suena. Pero conocí a una chica que se llamaba Noëlle. Fue en la noche de los tiempos, caballero…

—Supongo que es la misma… —le dije—. Vivía por entonces en la calle de Vaugelas.

—No, era yo quien vivía en la calle de Vaugelas… Ella vivía en la calle de la Convention.

Asintió brevemente con la cabeza como si quisiera terminar con aquella conversación.

—¿Nunca supo lo que fue de Noëlle Lefebvre?

—No.

Me clavaba la mirada. Hubiérase dicho que andaba buscando las palabras.

—Dice usted que había desaparecido. Pero sencillamente se había ido de París si no recuerdo mal.

Sonó el teléfono de encima del escritorio en ese momento. Descolgó.

—Estoy con un cliente… Pero puedes venir a buscarme…

Colgó.

—Mire, caballero, hay temporadas de la vida de las que uno prefiere no acordarse… Y, además, acabar por olvidarlas… Y está muy bien así… Tuve una juventud bastante difícil…

Seguía sonriendo, pero con una sonrisa un tanto crispada.

—Qué me va a contar —le dije— Yo también tuve una juventud difícil. Y conocimos a la misma persona. No es una casualidad…

—Es una completa casualidad, caballero.

El tono de la voz era mucho menos amable que hacía un rato.

—Me está hablando de una época tan lejana… Y de alguien a quien traté muy poco tiempo… Tres meses apenas… Así que ¿qué más le puedo decir?

A lo mejor era sincero. Tres meses no es nada en una vida. Y al cabo de todos estos años Noëlle Lefebvre no era ya para él sino una extra en una película con el celuloide velado, una de esas extras a las que ni siquiera se les ve la cara, sino la silueta, de espaldas, en segundo plano.

—Lo entiendo perfectamente… Y siento mucho haberlo molestado.

Parecieron sorprenderlo esas palabras que yo seguramente había pronunciado con voz triste. Noté que quería hacer un esfuerzo en mi honor. ¿Un reflejo profesional? Bien pensado, era un cliente, como había dicho por teléfono.

—Pero ¿por qué quiere encontrarla? ¿Noëlle tenía mucha importancia para usted?

Era la primera vez que pronunciaba su nombre como si se tratase de una persona allegada.

—Intento saber sencillamente por qué desapareció.

En ese momento una mujer entró en la oficina: pelirroja, con una chaqueta de ante y un pantalón beige, veinte años más joven que Béavioure. Me saludó con una leve seña de la cabeza.

—¿Te queda mucho?

—No —dijo Béavioure con expresión de apuro—. Estaba hablando de coches con este señor. Es un entendido.

Y se giró hacia mí.

—Mi mujer.

Ella me lanzó una mirada distraída.

—Haré cuanto pueda para que encuentre ese coche, caballero —me dijo Béavioure agarrándome por el brazo y llevándome hacia la puerta acristalada de la oficina—. La verdad es que los Chrysler Valiant ya no están en el mercado, desde luego. Pero no pierdo la esperanza.

Estábamos los dos fuera, en el muelle. Se inclinó hacia mí.

—Hace un rato pronunció el apellido «Mourade»… Sí, debí de conocer a alguien que se apellidaba así…

Hubiérase dicho que quería hacerme confidencias.

—Vivió en mi casa una temporada…, en la calle de Vaugelas… Era un desequilibrado… Decía lo primero que se le pasaba por la cabeza… Incluso se denunció una vez a la policía asegurando que había matado a alguien…

Las palabras le salían de la boca con una cadencia acelerada, como si temiese que lo interrumpieran.

—¿Y qué más podría decirle de Noëlle? No sé…

Le echaba una mirada preocupada al taller. A lo mejor temía que apareciese su mujer.

—Conocí a Noëlle cuando llegó a París… Venía de provincias…, de una montaña que se me ha olvidado… Estaba casada con un hombre mayor que ella… Yo era joven y lo que me había llamado la atención fue que ese individuo tuviera un coche americano descapotable… ¿Y sabe de qué marca era? Un Chrysler.

Me tendió la mano.

—Adiós, caballero…, no quiero volver a pensar en aquella época… Salí adelante…, pero por los pelos…

Subía por las escaleras de L'Alboni hacia la estación de metro. Había vuelto a pecar de ingenuidad al pensar que

Béavioure iba a contarme todo sobre Noëlle Lefebvre y me permitiría entender por qué llevaba tanto tiempo interesándome por ella. Y acababa por pensar que estaba buscando un eslabón que me faltaba en la vida.

Había renunciado a coger el metro y me estaba metiendo por el pasaje de Les Eaux, un sitio que. precisamente, me recordaba episodios de mi vida. Desde hacía mucho tenía la seguridad de que me iba a cruzar por ese sendero, un día u otro, con algunas personas a quien había conocido. A la derecha, ventanas que no se sabía a qué edificios pertenecían, como tampoco se sabía dónde podían estar las puertas cocheras de esos edificios. Bastaba con golpear en los cristales y asomaría una cara, de esas que llevabas sin ver treinta años o que incluso se te habían olvidado: y esa cara no había cambiado. Varias personas por cuyo paradero te preguntabas vivían ahí, en las habitaciones de la planta baja, al socaire del tiempo. Te abrirían las ventanas. El pasaje estaba desierto y silencioso, como de costumbre. A la izquierda, una tapia tras la que se intuía un parque o las lindes de un bosque. En la parte de arriba, al final del pasaje, se acercaba una silueta, cuesta abajo, e íbamos a cruzarnos. ¿Noëlle Lefebvre? Me acordaba del cartel del muelle y de sus letras rojas, «Taller de Le Trocadéro. R. Béavioure. Especialista en Chrysler. Servicio 24 horas», y me entraban ganas de reírme. No hay que fiarse nunca de los testigos. Sus supuestos testimonios sobre personas a quienes dicen que han conocido son inexactos la mayoría de las veces y todo lo que consiguen es embrollar las pistas. La línea de una vida desaparece tras toda esa niebla. ¿Cómo desenredar lo verdadero de lo falso si pensamos en los rastros contradictorios que deja una persona tras de sí? Y de nosotros mismos ¿sabemos más si me baso en mis propias mentiras y omisiones o en mis olvidos involuntarios?

La silueta se iba acercando y llevaba de la mano a un niño. Cuando pasaron por mi lado estuve a punto de preguntarle si se llamaba Noëlle Lefebvre. Pero ¿lo sabía acaso o se le había olvidado? No pude por menos de seguirlos con la vista hasta que desaparecieron por la entrada del pasaje de Les Eaux.

Existe el riesgo de que esta búsqueda dé la impresión de que le dediqué mucho tiempo —llevo ya noventa páginas—, pero no es verdad. Si se ponen en fila los momentos que he recordado hasta aquí en cierto desorden apenas si forman un día, ¿Qué es un día en un recorrido de treinta años? Y habían transcurrido treinta años desde la primavera en que Hutte me envió a esa oficina de lista de correos hasta mi conversación con Roger Béavioure cuyo apellido no se escribía Behaviour. En resumidas cuentas, treinta años durante los que a Noëlle Lefebvre solo la tuve realmente en la cabeza un día.

Bastaba con que esa idea me visitase por unas horas, o incluso por unos minutos, para que tuviera su importancia En el trazado bastante rectilíneo de mi vida, era una pregunta que se había quedado sin respuesta. Y si sigo escribiendo este libro es solo con la esperanza, quizá quimérica, de dar con una respuesta. Me pregunto: ¿de verdad hay que encontrar una respuesta? Me temo que, cuando ya hemos encontrado todas las respuestas, nuestra vida se cierra igual que una trampa con ese ruido que hacen las llaves de las celdas de las cárceles. ¿No sería preferible dejar en torno a uno solares por donde poder evadirse?

Pero para que el expediente esté lo más completo posible, tengo que referir un episodio muy breve, tan breve que tuve una duda, *a posteriori*. acerca de si habría sido real y me pregunté vanas veces si no pertenecería más bien al ámbito del sueño.

Era durante un mes de junio, a eso de las once de la noche, en la farmacia de la plaza Blanche. Había dos hombres delante de mí y uno de ellos, el más bajo, le había entregado a la farmacéutica una receta. El otro, alto y robusto, se apoyaba en

su hombro como si le costase mantenerse de pie. Pese a su corpulencia y el pelo teñido, demasiado rubio, siendo así que era moreno hacía unos quince años, me pareció reconocer a Gérard Mourade. Llevaba un polo de rayas. Mi impresión se confirmó cuando me puse a su lado. La cara era más o menos la de antes, salvo que tenía las mejillas más gruesas. Cruzamos la mirada.

Cuando salieron de la farmacia, el hombre en quien había reconocido a Gérard Mourade seguía apoyándose en el hombro del otro, y empecé a seguirlos.

Iban por el bulevar de Clichy, por el terraplén. Llegué a su altura…

—Disculpe… ¿Es usted Gérard Mourade?

No me había oído. El otro se volvió hacia mí.

—¿Desea algo, caballero?

Un chico moreno bastante joven, con los ojos negros e inquietos de algunos terriers.

Se interponía entre Mourade y yo como si fuera su guardaespaldas y quisiera protegerlo.

—Este señor es Gérard Mourade, ¿no?

—No, está usted en un error.

Mourade estaba en segundo plano, mirando hacia nosotros, una mirada indiferente.

—¿Qué pasa, Folco? —le preguntó con una voz muy suave.

—Nada —dijo el moreno bajito—. Este señor, que lo confunde con otro.

—Ah, vaya… ¿Me confunde con otro?

Y esbozó una sonrisa.

—Este señor se llama André Vernet y no Gérard Mourade —dijo el moreno bajito con voz tajante.

—Pregúntele si se acuerda de Noëlle Lefebvre…

Le habló al oído, en voz baja, a Mourade y este negó con la cabeza. Luego, el moreno bajito se me acercó.

—No recuerda en absoluto a esa persona.

Y Mourade —o Vernet— volvió a apoyarse en el hombro del otro y anduvieron despacio hasta un Volkswagen gris aparcado junto al terraplén. El moreno bajito abrió la puerta y ayudó a Mourade —o a Vernet— a sentarse delante. Yo los miraba de lejos.

El coche, con el que se llamaba Folco al volante, pasó delante de mí en dirección a Pigalle, luego lo vi desaparecer para siempre. A lo mejor debería haber apuntado los números y las letras de la matrícula.

Había recibido una carta de Jacques B. apodado «el Marqués», seguramente unas cuantas semanas después de nuestro encuentro en Richelieu-Drouot. La carta no llevaba fecha, y la cosa no tiene ninguna importancia. Nunca he respetado el orden cronológico. Nunca existió para mí. El presente y el pasado se mezclan con una especie de transparencia y todos y cada uno de los momentos que viví en mi juventud lo veo separado de todo, en un eterno presente.

Jacques B. apodado «el Marqués» me escribía:

Mi querido Jean:

Cuando nos encontramos te pedí que me dijeras los nombres de personas que sabías que pertenecían al entorno de Noëlle Lefebvre Los apunté pensando que podría dar con algunos elementos que te ayudasen en tus investigaciones.

Nombraste a un tal Gérard Mourade. He descubierto en los archivos del periódico donde trabajo un articulito que se refiere a él y tiene fecha de hace quince años Se trata de un suceso, mi especialidad Un suceso raro que se quedó en eso porque no hay alusión al «caso» en los años siguientes, un «caso» que seguramente se archivó…

Jacques B. había adjuntado a su carta la fotocopia del artículo.

UN ACTOR SECUESTRADO MATA A UNO DE SUS GUARDIANES

El jueves de la Ascensión, una persona llamada André Vernet, con domicilio en el 26 de la calle de Carnot, en Maisons-Alfort, artista dramático con el nombre de Gérard Mourade. se entregó en la comisaría de la estación de Austerlitz: acababa, a lo que decía, de matar a un hombre en la calle de L'Essai.

El hecho era cierto y, acusado de homicidio voluntario, acaba de interrogar a André Vernet. en presencia de su abogado, el juez de instrucción señor Marquiset.

El inculpado ha hecho un relato bastante rocambolesco de su aventura.

Con un pretexto cualquiera (Jacques B. había subrayado esas palabra y añadido a bolígrafo: «Pero ¿qué pretexto?»), lo llevaron engañado el 11 de mayo al número 19 de la calle de Béranger, donde no tardó en hallarse en presencia de seis individuos que le quitaron la documentación, el dinero y unas joyas que llevaba. (Jacques B. había añadido ahí a bolígrafo: «¿Por qué unas joyas?») Cuatro días después lo llevaron a la calle de L'Essai, y como en la noche del 17 al 18 solo lo vigilaron dos hombres y, luego, uno nada más, consiguió reducir a su guardián e incluso matarlo durante la pelea que vino a continuación.

La carta de Jacques B. seguía diciendo:

Supongo que el tal Mourade ha debido de dejar el teatro… A lo mejor ha quedado un rastro suyo en Maisons-Alfort…

En lo referido a Sancho Lefebvre, he podido conseguir alguna información en fuentes fiables de Annecy.

En realidad, se llama Serge Servoz-Lefebvre, conocido como «Sancho Lefebvre», nacido en Annecy el 6 de septiembre de 1932 Trabajó en la adolescencia y en la primera juventud en diferentes hoteles de

Annecy y de Megéve. En Megéve conoció a un tal Georges Brainos del que fue primero secretario y. *luego, socio. Este tenía salas de cine en Bruselas y en Ginebra y una sociedad que controlaba dos establecimientos en París: la discoteca de La Marine, en el 71 del muelle de Grenelle (distrito 15), y La Caravelle. en el 26 de la calle de Marbeuf y el 2 de la calle de Robert-Estienne (distrito 8). Sancho Lefebvre tenía participaciones en esos dos negocios.*

Por lo visto vivió en Suiza y en Roma.

El 4 de agosto de 1962 parece ser que lo detuvieron en la frontera francesa, procedente de Suiza, y le encontraron en el maletero un cuadro de Henri Matisse que pertenecía a la señora Charlotte Wendland (Versoix, Ginebra), que esta le había entregado para que lo vendiera. En el extracto de su partida de nacimiento no consta referencia alguna a un matrimonio.

Y. sin embargo, en el verano de 1963 o 1964 lo vieron en Annecy con una joven que se llamaba precisamente Noëlle y a quien presentaba como su mujer. He podido preguntar a amigos de más edad que nosotros y de los que seguramente te acuerdas (Claude Brun. Paulo Hervieu, Guy Pilotaz) y me lo han confirmado. Noëlle se hacía llamar «señora Lefebvre». Pero no saben nada de ella y no se les ocurre a quién le podríamos pedir información Aparentemente, a lo que me han dicho, era oriunda de esa región. Después de ese verano, 1963 o 1964. ni a Serge Servoz-Lefebvre, alias «Sancho», ni a la «señora» Lefebvre se los volvió a ver por Annecy.

Esto es todo, mi querido Jean. ¿Quién sabe? A lo mejor consigo más Información que te pueda dar. Entretanto te deseo muchos ánimos.

JACQUES

Sí, muchos ánimos. Pese a todos sus esfuerzos, Jacques B. no había conseguido identificar a la «señora Lefebvre». «Aparentemente era oriunda de esa región.» También en esto nos quedábamos con vaguedades. ¿Cuáles eran las fronteras de esa región? ¿Annecy? ¿Chambéry? ¿Thonon-les-Bains? ¿Ginebra? Y los propios Claude Brun, Paulo Hervieu y Guy Pilotaz «no sabían nada de ella» y «no se les ocurría a quién le podríamos preguntar»…

Iba a guardar la carta de Jacques B. en el expediente. Había ya en él tantos detalles, semejantes a los senderos de un bosque por los que te metes uno tras otro, al azar de las encrucijadas, y que te extravían un poco más mientras va cayendo la noche. O los escasos y pobres recuerdos que se pueden tener de alguien sin saber nada del resto de su vida. ¿Cuál era el único elemento tangible en ese expediente? Una foto demasiado oscura en una tarjeta de lista de correos, un rostro en blanco y negro que habría resultado difícil reconocer por la calle… Todos los demás detalles que habría podido seguir acumulando me recordaban el chisporroteo cada más fuerte de una interferencia telefónica. Te impide oír una voz que te llama desde muy lejos.

Ella se decía que a lo mejor se trataba de una ilusión, pero que había muchos menos franceses que antes en Roma. No turistas, sino de esos franceses que, cuando llegó ella a Roma, llevaban viviendo allí alrededor de quince años. Otros se habían afincado en Roma al mismo tiempo que ella y tenían su edad, pero esa tarde estaba pensando en los de más edad, cuyos nombres le volvían a la memoria: Gallas, Cressoy, Sernas, Georges Brehat, y también mujeres: Corey, Andreu, Hélène Remy… Te cruzabas con ellos con frecuencia en los mismos sitios y los reconocías por su forma de hablar: una mezcla de francés y de italiano, una mezcla que se había convertido poco a poco en una lengua nueva, algo así como un esperanto. Pero ¿por qué misteriosos motivos decide uno desterrarse a Roma? ¿Desterrarse de qué? En apariencia, todos habían pasado la esponja a la primera parte de su vida, la que habían vivido en Francia. Roma era una ciudad que tenía el poder de borrar el tiempo y también nuestro pasado, igual que la Legión Extranjera. Esos pensamientos se los debía seguramente al hombre que había entrado hacía un rato en la galería de la via della Scrofa. Un hombre de su edad, un francés.

Lo había visto detenerse delante del escaparate y leer el letrero de la puerta: «Gaspard de la Nuit». Era el apodo francés de un amigo suyo, un italiano que dirigía esa galería donde estaban expuestas y reunidas las numerosas fotos que había tomado de la vida nocturna de Roma en determinada época. Estaba fuera por dos meses y le había pedido que lo sustituyese en Gaspard de la Nuit.

Él había titubeado antes de entrar y luego había abierto la puerta con ademán resuelto, como si se tirase al agua. La había

saludado con una inclinación de cabeza y había pasado revista, una tras otra, a las fotos expuestas en las paredes.

Ella estaba sentada detrás del pequeño escritorio. Él le dirigió la palabra:

—¿Es usted francesa?

—Sí.

—¿Y lleva mucho tiempo en Roma?

—Toda la vida.

Decía la verdad. Tenía la impresión de haber nacido aquí y de que los acontecimientos anteriores a su llegada eran los de una vida anterior de la que solo le quedaban reminiscencias.

—¿Y fue a usted a quien se le ocurrió lo de «Gaspard de la Nuit»?

Había hecho la pregunta con un leve acento parisino, sonriendo.

—No. Fue el dueño. Que era antes fotógrafo y trabajaba frecuentemente de noche.

—Muy interesantes estas fotos… ¿Están en venta?

—Desde luego. Hay muchas más que no están expuestas, pero puede verlas en la reserva, allí.

Indicaba una puertecita al fondo de la galería. Y se preguntaba de repente si la palabra «reserva» no sería italiana, pues hasta ese punto había perdido la costumbre de mantener una conversación en su propia lengua.

—Me agradaría mucho verlas.

Él no sabía qué más decir. Y ella también se quedaba callada.

—Me gustaría saber cómo se llama el fotógrafo.

—Gaspard Mugnani. Aquí tiene un álbum suyo, si le interesa.

Y le alargó un ejemplar del álbum, que estaba encima del escritorio.

Él empezó a hojearlo. Fotos nocturnas de las calles y de las plazas de Roma desiertas o animadas, como la vía Veneto de tiempos atrás, con sus terrazas veraniegas y sus parroquianos, cuyo nombre se mencionaba en la parte de abajo de las páginas. Fotos en blanco y negro y algunas con los colores muy fuertes del neón.

—Habría que añadir un texto a estas fotos, ¿no le parece?

A ella la extrañaba que las mirase con tanta atención.

—Habría que decírselo al fotógrafo. En este momento está fuera, pero vuelve al mes que viene.

Lo miraba con una sonrisa irónica, pues parecía cada vez más absorto en las fotos.

—¿Y usted se ocupa de la galería mientras él no está?

—Sí. Pero no hay muchos clientes. A veces vengo en días alternos.

Él seguía hojeando el álbum.

—Si lleva usted en Roma mucho tiempo, supongo que conoce a toda esta gente que está fotografiada aquí.

Y le enseñaba dos páginas donde figuraban las fotos en blanco y negro de varias personas, tomadas de noche en la vía Veneto, como se indicaba al pie.

Se le había acercado y sujetaba el álbum abierto para que ella pudiera ver bien ambas páginas.

—Sí, los conocía a casi todos de vista. Era en la época en que llegué a Roma. La mayoría ha muerto.

A decir verdad, nunca había hojeado ese álbum. Y las fotos expuestas en las paredes debía de haberlas mirado una vez nada más, con ojos distraídos.

—¿Y usted? —le preguntó—. ¿Vive en Roma?

Podría haber sido uno de esos franceses de su edad que habían venido a esta ciudad y se habían afincado en ella definitivamente. Muchos vivían aún.

—No, solo me quedo unos días: el tiempo justo para hacer unas investigaciones para un estudio que voy a escribir.

—¿Es usted profesor?

—Puede decirse así. Profesor.

Había cerrado el álbum y lo tenía en la mano.

—¿Me lo puede prestar?

—Con mucho gusto.

Por la forma de hablar y los ademanes, a ella le había dado de pronto la impresión de haberlo visto ya en alguna parte.

—¿Viene mucho a Roma?

—No. Nunca. Vivo en París.

Estaba equivocada. Sin embargo, si lo miraba de más cerca, habría podido vivir en Roma. ¿Por qué? No habría sabido explicarlo. A lo mejor por la mirada y el timbre de voz.

—Le traigo mañana el álbum si va a estar aquí. Tendría que pedirle alguna información sobre la vida en Roma.

¿Por qué la vida en Roma? Prefirió no preguntárselo de momento.

—Venga mañana a la misma hora. Por la mañana no estoy nunca.

Él cerró despacio la puerta acristalada al salir. Ella pensó que llevaba el álbum en la mano igual que un escolar la cartera.

Esa tarde el aire era menos cálido que de costumbre. Llegaba el otoño. Al salir de la galería, decidió ir andando hasta la vía Flaminia donde había quedado con una amiga. Iba con mucho adelanto para la hora de la cita y eso le permitía dar una vuelta que le recordaría los largos paseos de su estancia anterior en la ciudad. Por entonces intentaba que se le quedasen el nombre de las calles y de las plazas, pero se le olvidaban y siempre acababa por perderse.

Así que él estaba buscando información sobre «la vida en Roma». Pero ¿qué entendía por eso? Caminaba al azar desde hacía un rato cuando se dio cuenta de que iba siguiendo los soportales de la piazza Esedra y le extrañó estar tan lejos, igual que si hubiera hecho ese trayecto como una sonámbula y se acabase de despertar. Ahora conocía tan bien la ciudad que ya no podía perderse; y lo lamentaba.

Aquí no habría ya nada nuevo para ella y un día no muy distante conseguiría ir de un punto a otro con los ojos cerrados. Le bastaría con contar los pasos, cuyo número sería siempre el mismo, para ir de la galería de Gaspard de la Nuit a la piazza del Popolo.

A lo mejor era eso, bien pensado, «la vida en Roma», un tictac regular y eterno de metrónomo, un tictac inútil ya que el tiempo se había detenido para siempre.

Estaba al principio de la via Veneto y se preguntó si, al salir de la galería, no era a ese lugar adonde quería encaminar los pasos, o más bien dejar que ellos la llevasen. Un barrio que había conocido bien en los primeros tiempos de vivir en Roma. A las terrazas de los cafés, que se extendían por la acera, las protegían aún en aquella época sombrillas de todos los colores. Y luego, con el paso de los años, hubo cada vez menos animación en esa avenida, como si las personas más

jóvenes prefiriesen otros barrios. O como si esos a quienes se veía en verano en las terrazas, o pasando despacio en coches descapotables buscando unos cuantos comparsas para acabar la noche, se hubieran ido muriendo uno tras otro.

Caía la noche. Iba avenida arriba y estaba más oscura que otros atardeceres. Un apagón. A menos que los faroles no estuvieran aún encendidos a esa hora entre dos luces. Pasaba por delante del Café de París. Estaba cerrado. Una verja con un candado protegía la puerta y detrás de la verja, en el peldaño de la entrada, un montón de papeles viejos, de periódicos, de cartas, de prospectos, de botellas de plástico vacías, como si nadie hubiera cruzado ese umbral desde hacía una eternidad. Algo más arriba, a la derecha, la mole oscura del hotel Excelsior. Una única luz en una ventana del último piso. Más allá, la fachada del salón de té Doney estaba apagada.

No se cruzaba con nadie por la avenida. Gaspard de la Nuit tendría que hacerle una foto a la via Veneto a esa hora e incluirla al final de su álbum. Habría contrastado con las fotos anteriores, y se habría notado el paso del tiempo. Se lo diría la próxima vez que lo viera.

El paso del tiempo. Siempre había vivido el presente, así que el transcurso de su vida iba cuajado de fallos de memoria. No habría sabido decir si se trababa de fallos de memoria o si evitaba pensar en los diversos acontecimientos de su vida. Tenía un hijo que se había ido a América. ¿Se arrepentía de no haber fundado una familia? Pero ¿qué es exactamente una familia? Había nacido en un pueblo y en una familia y, sin embargo, habría sido incapaz de responder a esa pregunta.

Su vida era ahora una larga historia, demasiado larga, que le habría descrito a alguien si se hubiera sentido en confianza. Pero ¿a quién? ¿Y por qué? Así que solo le quedaba el presente con sus puntos de referencia, unas cuantas imágenes fijas e inmutables: el pino de la piazza Pitagora que veía desde sus ventanas, las hojas secas de los plátanos todos los otoños en los muelles del Tiber.

Y además ¿existía de verdad el paso del tiempo en esta ciudad a la que llamaban eterna? Por supuesto según transcurrían los años las personas desaparecían, las luces se apagaban, cundía el silencio en los lugares donde te habías acostumbrado al bullicio de las conversaciones y a las carcajadas. Y, pese a todo ello, en lo hondo del aire había eternidad. Eso era lo que iba a poder explicarle al día siguiente a ese hombre que quería información sobre «la vida en Roma». Pero ¿daría con las palabras? Lo más sencillo para que entendiera su estado de ánimo desde que vivía en Roma sería recitarle un poema, el único que se sabía más o menos de memoria:

Encima del tejado, el cielo,

¡azul, tranquilo)

Encima del tejado un árbol

y su abanico.

Y con esa idea le brotó una carcajada cuyo eco le parecía oír por toda la avenida desierta.

Había copiado el poema hacía mucho, el siglo pasado, en una agenda. Fue durante su breve estancia en París, antes de irse a Roma. Esa estancia, que había durado unos cuantos meses, se le había ido borrando poco a poco de la memoria. Los escasos meses se habían convertido en escasas horas, como si los hubiera pasado en una sala de espera entre dos trenes. No recordaba ninguna cara, ni siquiera el nombre de la calle donde había vivido. El tren iba demasiado deprisa para que hubiera podido leer en los letreros el nombre de las estaciones. Si hubiera podido conservar esa agenda —la única que utilizó en toda la vida—, y si la hubiera hojeado ahora, ¿los sitios y los nombres le habrían aún recordado algo? No estaba segura. Le habían robado esa agenda: un individuo alto cuya cara y cuyo nombre se le habían olvidado y con el que había coincidido, junto con un amigo de él, en un café. Vivían los dos en el mismo barrio que ella y se habían visto en varias ocasiones, pero no había sido nada de más importancia que si

con dos vecinos anónimos cruzas unas cuantas palabras perdidas para siempre en la noche de los tiempos.

El individuo alto le había quitado en broma la agenda en la que acababa de anotar una cita, y no quería devolvérsela. Y después ella se fue a Roma sin haber recuperado esa agenda. Dos detalles anodinos se le habían quedado sin embargo en la memoria: aquel hombre sin rostro y sin nombre llevaba camisas estampadas y encima una chaqueta de piel vuelta con forro de borre—güito. E iba a clases de arte dramático. Y su amigo, que siempre lo acompañaba, también era para ella un hombre sin nombre y sin rostro. Lo único que se le había quedado de él era que trabajaba en una empresa de mudanzas.

Había llegado a la altura de la via Aurora, cerca de la iglesia maronita. Siempre que pasaba por allí notaba una leve punzada en el corazón. Cuando tenía diecinueve años, iba a parar con frecuencia a la via Aurora después de una noche en blanco. A la entrada de la calle, una tapia grande por encima de la cual se intuía un jardín que debía de ser el del casino de la Aurora. Y esa tapia, en verano, a eso de las seis de la mañana, tenía ya salpicaduras de sol. Siempre había una mesa y una silla colocadas en la acera, al pie de la tapia. Se sentaba allí, bajo los rayos del sol, el sol muy tibio aún de la mañana. Con el paso de los años, e incluso esta tarde, le parecía que ese sol nunca la había abandonado y la envolvía ahora en algo así como una aurora boreal.

Algo más arriba en la avenida, en el escaparate de la tienda inglesa de Luciano Padovan estaba pegado un cartel que llevaba la fecha del mes de octubre del año anterior: un aviso de «se busca», con la foto, de una perra que se había perdido en el barrio de la piazza Flaminio. Se lo leyó entero:

> Una perrita, Greta, se ha perdido el 17/10 en la via Gian Domenico Romagnosi. Llamar a Italian International Film 063611377. Lleva un collar rojo. Tipo teckel de pelo corto.

Nunca se había fijado en ese aviso de «se busca» que estaba seguramente puesto en otras calles de los alrededores.

Cuando acabó de leerlo, se acordó del francés a quien le había prestado el álbum de Gaspard de la Nuit. No sabía por qué, pero se lo imaginaba con un perro.

—Muy interesante el álbum este…

Lo llevaba en la mano y estaba sentado en el sofá rojo de la «reserva», como decía ella: una habitación que prolongaba la galería y cuya puerta acristalada. entornada, dejaba ver un patio soleado. Ella se había acomodado enfrente de él. en un sillón de cuero.

—Estoy cada vez más convencido de que habría que ponerle textos…

Ella no se atrevía a preguntarle qué tipo de textos podrían escribirse acerca de las fotos de Gaspard de la Nuit. Esas fotos representaban lugares y personas que le resultaban familiares y habían formado en cierto modo parte de su vida cotidiana, así que un «texto» le parecía inútil.

—Se interesa usted mucho por Roma si no me equivoco.

Y no había podido evitar lanzarle una sonrisa irónica.

—Mucho. Pero a usted que lleva mucho tiempo viviendo en Roma le debe de parecer una mera curiosidad de turista…

Esa era exactamente la respuesta que ella le habría dado. Había pues entre ambos una transmisión de pensamiento.

—Es una ciudad tan diferente de París…

Ella había dicho esa frase sin pararse a pensar, solo para romper el silencio.

—¿Ha vivido usted en París?

—Ah…, solo unos pocos meses…, hace mucho. Y me avergüenzo de decirlo, pero no me acuerdo prácticamente de nada de París…

—¿De verdad?

Parecía de pronto decepcionado de que anduviera tan mal de memoria o de que mostrase tanta despreocupación o tanta ligereza.

—No sé si se ha dado usted cuenta, pero hablo mi lengua con acento italiano… y muchas veces me cuesta hablarla.

—Siento mucho obligarla a hacer ese esfuerzo.

Él hablaba de forma muy cuidada, con acento parisino.

—Me interesan mucho los franceses y todos los extranjeros que se han establecido en Roma durante el siglo XX. Creo que habría que escribir un libro sobre ello.

—Así que es usted profesor de historia.

—Exactamente. Soy profesor de historia.

Lo había dicho con tono de estarse riendo de sí mismo y de no querer dar más detalles acerca de su profesión. Pero a ella eso no la molestaba. En Roma nunca se les hacen preguntas indiscretas a las personas con quienes se encuentra uno sobre su profesión o su vida personal. Se los acepta de forma tácita como si se los conociera de toda la vida. Se adivina todo acerca de ellas sin preguntarles nada.

—¿Así que el álbum de Gaspard de la Nuit le ha gustado de verdad?

No sabía muy bien cómo darle un nuevo impulso a la conversación. Él parecía estar pensando en algo que le preocupaba. O, si no, intentando formular de la mejor forma posible una pregunta que quería hacerle.

—Me ha interesado mucho. He reconocido a unas cuantas personas en las fotos. Pero usted debe conocerlas mejor que yo, en cualquier caso.

Hojeaba despacio el álbum, igual que lo había hecho la víspera. Ella se preguntaba si aquello iba a durar mucho. Aparentemente, se había olvidado de su presencia. Se había detenido en una página

—Hay aquí la foto de un hombre que tiene nombre francés… Pero no acabo de ver de quién se trata…

Le indicaba una foto de tres personas sentadas alrededor de una mesa en la terraza de un café. Una foto en blanco y negro, tomada de noche, en verano a juzgar por lo que llevaban puesto, ropa de playa. Más abajo, en el pie, ponía: «de izquierda a derecha. Duccio Staderini, Sancho Lefebvre y Giorgio Costa».

Ella se inclinó sobre la foto.

—¿Quién le interesa?

—El del centro, que tiene un apellido francés… Sancho Lefebvre…

Ella seguía inclinada sobre la foto, sin decir nada. No sabia si estaba dudando en responder o si esos rostros no le recordaban nada, como si la hubiese afectado una repentina amnesia

—¿Sancho Lefebvre? Sí, era un francés. En realidad, no se llamaba Sancho, sino Serge…

—¿Lo conoció usted?

—Un poco. Al llegar a Roma, a los diecinueve años.

Y, qué curioso, en la primera ojeada a la foto no lo había identificado: un hombre moreno mucho más robusto que los otros dos, el único de los tres que no sonreía. Y luego hubo un fogonazo: se volvía a ver en el pellejo de la muchacha que había conocido a Serge, a quien llamaban Sancho Lefebvre. Pero solo duró unos segundos. La foto volvió a ser la de la primera ojeada, una persona que le caía ya tan lejana…

—¿Y sabía usted a qué se dedicaba y por qué estaba en Roma?

—No me hacía esa clase de preguntas. Me cruzaba con él de tarde en tarde, como la mayoría de los franceses que vivían aquí.

No quería entrar en detalles. Por lo demás, los detalles se habían difuminado. Ya no quedaban asperezas. El olvido lo había cubierto todo con una capa blanca y escurridiza. Nieve.

—Ayer me dijo que le gustaría tener información sobre Roma… ¿Qué información?

Andaba buscando las palabras. Le daba la impresión de que ya no sabía hablar su idioma en absoluto. Las frases habían dejado de salirle. Tenía que esforzarse.

—Es muy difícil… En Roma acabamos por olvidarlo todo según va ocurriendo…

Sí, había leído esa reflexión en alguna parte. En una novela policiaca o en una revista. Roma era la ciudad del olvido.

Se levantó bruscamente del sillón de cuero.

—¿No quiere que andemos un poco por la calle? Se ahoga una en esta reserva…

Él pareció sorprendido. Era seguramente por culpa de la palabra «reserva», que ella volvía a preguntarse si existía en francés.

Iban por la vía della Scrofa, juntos; él seguía llevando el álbum en la mano.

—Debe de resultarle aburrido estar todo el día en esa galería…

—Ah. solo paso en ella dos horas diarias, ¿sabe?…

—¿Vive en el barrio?

—No muy lejos de aquí. ¿Y usted está en un hotel?

—Sí. En un hotel de la piazza del Popolo.

La conversación se iba volviendo trivial y descansada. Bastaba con hacer el muerto. Aunque, pese a todo, quedaba algo que la preocupaba.

—Pero ¿por qué se interesa por Sancho Lefebvre?

¿Cuántos años llevaba sin pronunciar ese nombre? Desde el siglo anterior, seguramente. Y notaba cierto malestar.

—Alguien en París lo nombró en una conversación… y el nombre de Sancho me llamó la atención…

Se había vuelto hacia ella y le sonreía como para tranquilizarla. ¿Tranquilizarla? Alo mejor estaba interpretando mal esa sonrisa.

—Sí…, alguien que parecía haber conocido hace mucho a ese Sancho Lefebvre.

Se había parado en plena acera, con cara de querer confiarle algo importante.

—A veces se encuentra uno en un sitio, entre personas a la mayoría de las cuales no se conoce…, y todo lo que puede hacer es escuchar su conversación…

Ella en realidad no comprendía esas palabras, pero asentía con la cabeza, aprobándolas.

—Fue durante una de esas conversaciones casuales cuando oí el nombre de Sancho Lefebvre… Y ya está…, así de sencillo… y así de insignificante…, y me encuentro su foto en el álbum de usted…

La cogió del brazo y siguieron andando. Llegaron a la piazza del Popolo.

—Y el que había mencionado a Sancho Lefebvre durante esa conversación era un hombre de bastante edad con el pelo muy negro aún y que habría podido ser griego o sudamericano…

Ella lo miraba con curiosidad y sonreía a su vez.

—Pero eso que me está usted contando es una auténtica novela…

—Dice usted bien…, una novela… Aparentemente ese hombre había sido amigo de Sancho Lefebvre… Se llamaba Brainos. George Brainos…

Esta vez fue ella quien se quedó parada en medio de la plaza. Brainos. Un apellido que había tenido olvidado durante décadas y que no había vuelto a oír en labios de nadie. Por eso surgía ese apellido de la nada con cierta violencia. Pero no podía ponerle cara a ese apellido, como si esas dos sílabas «Brainos» proyectasen sobre ella una luz cegadora.

—Qué pálida está…, debe de estar cansada de andar… y me da la impresión de que la estoy aburriendo con esta historia.

—Nada de eso… Podríamos sentarnos en algún sitio.

Acababa de notar un leve mareo, pero ya estaba mejor. El apellido «Brainos» no era ya para ella sino un parpadeo cada vez más débil, el de un faro cuando nos alejamos de la orilla.

El tal Brainos ¿qué edad tendría hoy si aún viviera? ¿Cien años? Le entraban ganas de hacerle la pregunta, ya que. por lo que había dicho, lo había conocido. «Aspecto de griego o de sudamericano»… De su cara no conservaba en la memoria más que el pelo negro echado hacia atrás. Y unos ojos negros.

Estaban sentados uno junto a otro en la terraza del café Rosati.

—No…, nunca he oído mencionar a ese Brainos… Nunca conocí en Roma a nadie que se llamase así.

Sentía remordimiento por mentirle. ¿Por qué no decirle la verdad? Aunque ese hombre no tuviera ya rostro para ella, la peculiar sonoridad del apellido le recordaba algo. Se acordó de pronto de aquellos dos jóvenes, una chica y un chico, cuyos cuerpos intactos habían descubierto, conservados en un glaciar, cincuenta años después de muertos, cerca del pueblo de la Alta Saboya donde había nacido. Algunos recuerdos se habían quedado también enterrados en el hielo y había bastado con ese apellido, «Brainos», para que volvieran a aparecer, aunque un poco velados por el tiempo. Por ejemplo, se preguntaba si había conocido a Brainos antes que a Sancho Lefebvre o si era Sancho Lefebvre quien le había presentado a

Brainos. Más bien le parecía que los había conocido a ambos un verano, en el Grand Hotel de Menthon-Saint-Bernard donde había encontrado trabajo. En cualquier caso, era Sancho Lefebvre quien la había convencido para que se marchase «de provincias», como decía, que era lo que había hecho él unos cuantos años antes. Y ella había decidido también aquel verano cambiar de nombre. Pero ¿por qué había escogido Noëlle?

Se acordaba de algo así como un castillo pequeño en Sologne —«el castillo de Brainos en Sologne», repetía con frecuencia Sancho Lefebvre, como si se tratase del estribillo de una antigua canción francesa, y con cara de estarse riendo de Brainos—. un «castillo» donde ella había pasado varias semanas con Sancho Lefebvre y con Brainos.

—En realidad, me da la impresión de que está usted escribiendo una novela ahora mismo…, lo digo por esa gente con nombres raros por la que se interesa…

Se esforzaba por adoptar un tono animado, pero no se sentía a gusto. Por primera vez esos recuerdos acudían a visitarla igual que un chantajista de quien tenemos la seguridad de que nos ha perdido la pista desde hace mucho y que una noche llama flojito a la puerta.

—Sí, tiene razón…, una novela.

Él se había encogido de hombros y le sonreía.

—Me han hablado de una francesa que vive en Roma… Le habían puesto un mote hace mucho… «La pastora de los Alpes»… ¿No le suena de nada?

—No.

—¿Y qué la decidió a vivir definitivamente en Roma?

—El azar.

No se le ocurría otra palabra. Nunca se había hecho esa pregunta, pero como acababa de retroceder al pasado por culpa de esos nombres. Sancho Lefebvre y Brainos, se preguntó cuál era su estado de ánimo en aquella época. Bueno, pues

sencillamente escapar era por entonces su forma de vida. Para empezar, escapar del sitio en que había nacido. Y, luego, escapar de Serge. a quien llamaban Sancho Lefebvre, poco tiempo después de haberlo conocido y de haber vivido con él en Roma. Esconderse en París. Y después de que Serge. a quien llamaban Sancho Lefebvre, la encontrase, escapar de nuevo con él a Roma. Y, después de su muerte, quedarse en esa ciudad, lo que era una forma definitiva de escapar. Una forma de escapar sin fin.

—Sí, el azar. Nada más que el azar.

Afín de cuentas, no había razón alguna para que le hiciera confidencias. Para eso habría tenido que conocerlo mejor.

—¿Y va a volver pronto a París?

—No de inmediato.

—Hay que andarse con cuidado. Si uno se queda demasiado tiempo en Roma, corre el riesgo de quedare para siempre.

La conversación había proseguido con un tono anodino y se sentía aliviada. Las sombras de Sancho Lefebvre y de Brainos se habían esfumado. Pero, al cabo de unos instantes, se notó un poco molesta. ¿Por qué había aludido él a dos personas que habían tenido ambas que ver con un período de su vida, un período tan lejano que ni ella se acordaba ya? Una foto, entre cientos de otras fotos en un álbum, un apellido pronunciado por un fantasma una tarde entre el bullicio de una conversación, ¿cómo unos detalles tan borrosos habían podido despertar su atención? No debía de ser del todo una desconocida para él, alguien había debido de hablarle de ella. Si no, ¿cómo explicar esas coincidencias? Estaba decidida a preguntárselo.

Se volvió hacia él. Estaba contemplando la plaza, las dos iglesias gemelas y el obelisco. Había caído la noche, el café iba a cerrar. Sin embargo les parecía natural a ambos seguir allí: ¿hasta cuándo? Estaban sentados el uno al lado del otro, pero en la terraza de un café, a lo que le parecía, más bien es

costumbre sentarse uno enfrente de otro. Ella lo veía de perfil y de pronto ese perfil le recordó a alguien. Había oído decir que a la gente muchas veces se la reconoce mejor de perfil que de frente y, por una vez. se fiaba de su memoria. Acabaría por descubrir de quién era ese perfil. Y además estaba eso tan turbador de haberse sentado uno al lado del otro como si viajasen en un tren o en un coche de línea.

—¿En qué barrio de París vive?

—Siempre he vivido en el distrito 15.

Ella se preguntó si no habría coincidido con él en tiempos del hombre moreno y alto con chaqueta de piel vuelto con forro de borreguito y del otro hombre, ese que trabajaba en una empresa de mudanzas. Pero no sabía ya cómo se llamaban. Y además ¿fue en el distrito 15?

—Un distrito que ha cambiado mucho…

—Lo contrario que en Roma. Aquí nada cambia nunca… Esta plaza lleva toda la vida siendo así…

—¿Conoce el distrito 15?

La miraba de frente, a los ojos, con una insistencia rara.

—No creo.

—Podría hacerle una lista de todo lo que ha cambiado allí en estos últimos años…

No era solo el perfil, sino también la mirada lo que le recordaba a alguien.

—Han tirado todos los edificios del muelle… e incluso la discoteca de La Marine.

Él se encogió de hombros y con voz más queda, casi un susurro, dijo:

—Y la ventanilla de lista de corros de la calle de la Convention.

Sonreía. Hubiérase podido creer que le había citado el final de un poema, hasta cierto punto como el estribillo que repetía

Sancho Lefebvre en otra vida: «El castillo de Brainos en Sologne…»

Ella volvió a tener la impresión de viajar a su lado en el compartimento de un tren. O más bien en un coche de línea.

Lo había acompañado a su hotel, en una calle que desde la piazza del Popolo llevaba hasta el Tíber.

—Podríamos cenar juntos mañana si quiere.

—Con mucho gusto.

—Quedamos en la galería a la misma hora.

—Me quedo con el álbum de Gaspard de la Nuit.

Iba por la via Flaminia para volver a su casa. Nadie. No tenía ni idea de qué hora era. Si todavía circulase, le habría gustado coger el tranvía nocturno.

Fragmentos de recuerdos se iban sucediendo en desorden y pertenecían al mismo período de su vida. Una casita bajo los árboles, junto al castillo de Brainos, en Sologne. En la habitación de la planta baja, con las paredes forradas de madera oscura, habían puesto un billar. Su cuarto estaba en el primer piso. Un hombre había ido a buscarla a la estación de Vierzon, un tan Paul de quien Sancho Lefebvre decía que tenía los «dientes de la buena suerte».[1] Se había reunido con Sancho Lefebvre en el castillo de Brainos. Y luego, al cabo de cierto tiempo, se habían ido los dos en coche. Sologne, Annecy, Suiza. Roma. O Annecy, Costa Azul, Roma. Ya no se acordaba de si habían cruzado la frontera francesa por Ventimiglia o por Suiza. Tras regresar a Roma, no había vuelto a irse de esa ciudad. El mes de noviembre en que había llegado por primera vez… Llovía. Hasta la porta Pinciana. la avenida estaba tan desierta y oscura como un paseo a orillas del mar del que se hubieran marchado los veraneantes. Pero se repetía esa frase que había oído en algún sitio: *Ya falta poco para la primavera y el verano.*

Era la primera vez que hacía tales esfuerzos de memoria. Y, de pronto, se desgarraba un velo, unos recuerdos aún más antiguos volvían despacio a la superficie, vinculados a un paisaje de nieve, el de su infancia, mucho antes de haber cambiado de nombre. Ya no estaba en el coche de Sancho Lefebvre que la llevaba de Sologne a Italia, sino en un coche de línea, uno de esos que se cogían en la plaza de la estación, en Annecy. Paraban delante de un edificio con fachada de tablones desencajados, un hotel destartalado con pinta de antiguo chalet y del que se preguntaba qué clientes podría tener.

Coches de línea de invierno y coches de línea de verano. En invierno había que esperarlos por la mañana muy temprano y los faros alumbraban la nieve con una luz amarilla. Desde el pueblo, bajaban hasta Annecy, paraban en la plaza de la estación, delante del hotel. En la planta baja seguía abierto un café y había aún en la barra unos cuantos clientes, los últimos clientes de la noche.

Y los coches de línea del domingo a última hora de la tarde. Desde Annecy subían hasta el pueblo después de varias paradas y le parecía que esos domingos de última hora de la tarde caían siempre en invierno. Mucha más gente en esos coches de línea. Muchas veces no quedaban asientos libres.

Los coches de línea del verano. Los cogía en Annecy, en la plaza de la estación, a eso de las seis de la tarde, al salir del trabajo. Iban bordeando el lago por la avenida de Albigny. Tras el cristal de la ventanilla intuía un aroma a vacaciones y a loción solar. Pasada una avenida ancha que flanqueaban terrenos de tenis, se divisaba la fachada del hotel Imperial, que tapaba la playa. Pero no tardaba el coche de línea en torcer a la izquierda por una carretera en cuesta y se metía, alejándose del lago, tierra adentro. En todas las ocasiones, al llegar ese momento, le entraban ganas de salir huyendo.

Cogía esos coches de línea, tanto en verano como en invierno, a las mismas horas. Iban las mismas personas. Se había fijado en un chico de su edad. En verano cogía el coche de línea de las seis de la tarde en Annecy y se bajaba en

Veyrier-du-Lac, inmediatamente antes de la curva de la carretera que iba tierra adentro. Los domingos por la tarde subía en la parada de Veyrier-du-Lac y se bajaba, igual que ella, a la entrada del pueblo en que ella vivía.

Muchas veces iban sentados en un asiento corrido, al fondo, uno al lado del otro. Un día, a media tarde, en uno de los coches de línea de verano habían empezado a charlar. Ella volvía del trabajo. Pero ¿en qué trabajaba aquel verano? ¿Dependienta en una pastelería de los soportales? ¿Contratada con otras chicas por la empresa Zuccolo? En aquella época aún no había cambiado de nombre.

En invierno, en el coche de línea del domingo a última hora de la tarde, él volvía al internado. Esas tardes iban de pie. arrimados uno a otro durante todo el trayecto. Se separaban en la plaza, delante del ayuntamiento. Ella lo acompañó varias veces por la carreterita recta que llevaba al internado y caminaban despacio los dos para no resbalar en la nieve. Nunca se olvida a los pasajeros de esos coches de línea de verano y de invierno que se cogían en otros tiempos. Y si uno creía que los había olvidado, bastaba con coincidir con ellos, uno al lado del otro, y con mirarlos de perfil para recordarlos.

Esto es lo que se iba diciendo un rato atrás. Y él ¿la había reconocido? No tenía ni idea. Mañana sería ella la primera en hablar. Se lo explicaría todo.

NOTAS

[1] Separación de los incisivos superiores que se considera señal de buena suerte o de destino afortunado en Francia. (*N. de la T.*)